

Wilson Orozco

## La vida de Will-man



Ediciones W

Will-man es un granuja que, con tal de salir del país, fantasea con ser un escritor famoso. No en París-Doce de Octubre (Colombia) donde nació, sino en París (Francia) en donde le han dicho que, al presentarse como el pobre que siempre ha sido, ello le podría significar la fama literaria, si es que también se dedica a escribir bien. Pero, por malo, fracasa en el proceso, por supuesto. Él explica dicho fiasco a que es un incomprendido, un adelantado a su tiempo. Así que, como buen paisa, de esos que *no saben lo que es echarse para atrás*, hace todo lo posible para estudiar un doctorado en el extranjero a punta de plagios. Logra llegar a Barcelona y, en el intento para ser un distinguido doctor, enloquece. Es encerrado en un manicomio desde donde (d)escribe su vida en un cuaderno con orejas de burro. El último acto de su locura, y en el cual atacó a su propio director de tesis con la misma tesis plagiada, se dice que decía como buen colombiano y en voz muy alta: “¡Ustedes no saben quién soy yo! ¡Ustedes no saben quién soy yo!”. Así que, si el amable lector sí quiere saber sobre esta alma sensiblera y atormentada, y de cómo llegó a su muy literario fracaso, hágase el favor de leer el libracó que anida entre sus delicadas manos.

# **La vida de Will-man**



Wilson Orozco

# **La vida de Will-man**

**Ediciones**

**W**

La vida de Will-man

ISBN:

© Wilson Orozco

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito de los editores

Fotografía de portada: Ana María Ramírez

Diagramación: Isabel Murillo Alvarez

2023. Todográficas Ltda. Medellín.

[todograficas92@gmail.com](mailto:todograficas92@gmail.com)

Unas palabras antes de intentar viajar

**PRIMERA PARTE:**

**UN TERCERMUNDANO BUSCA ESCAPAR AL PRIMER MUNDO CON LA EXCUSA DE ESTUDIAR UN DOCTORADO**

**SEGUNDA PARTE:**

**DE CÓMO UN TERCERMUNDANO ENLOQUECE EN EL INTENTO DE ESTUDIAR UN DOCTORADO**





## Unas palabras antes de intentar viajar

*Durante una comisión de estudios que me concedió muy generosamente la Universidad de Antioquia, y que me permitió adelantar el Doctorado en Humanidades de la Universitat Pompeu Fabra en Barcelona, me enteré por medio de mi amiga, Montserrat Bartomeu, de un suceso extraño que pasó desapercibido inexplicablemente en los medios de comunicación locales. Es de entender. Los medios europeos viven desbordados con noticias del tipo **bomberos rescatan a un gato en la copa de un árbol**, junto con los pueriles tuits de Piqué, etc. Me comentó, pues, en medio de un tibio café y un delicioso **pa amb tomàquet**, que un compañero suyo del doctorado (de Medellín precisamente, de donde soy yo también), durante una defensa de tesis doctoral, había entrado en pánico. Tuvo algo así como una crisis nerviosa y terminó atacando a su director de tesis. No se sabe si por su violenta vena colombiana o por la locura a la que conduce todo doctorado. De tal manera que el nervioso y fracasado aspirante a doctor tuvo que ser sometido por las fuerzas del orden, encarcelado durante unos cuantos días, e internado definitivamente en el Hospital Psiquiátrico Mare de Déu de la Mercé en Barcelona.*

*Ello me pareció un tanto curioso ya que yo mismo, mientras la tesis me dejaba algo de tiempo, asistía asiduamente a esas defensas de tesis para irme preparando en lo que yo*

imaginaba me tocaría a mí hacer algún día. Deseaba yo también aprender, por demás, ciertas cuestiones que eran de mi interés, ya que veía que esas defensas doctorales estaban plenas de ritos y de teatralidad. Además, me hacían sentir como si estuviera en épocas pretéritas, en el Renacimiento, por ejemplo, en las cuales se daban **luchas académicas** en todo el sentido de la palabra. Donde los aspirantes habían de defenderse literalmente de los jurados, si pretendían la respetable denominación de **Doctor**. Título que, por demás, llevan con orgullo todos los políticos colombianos, así lo único que sepan sea firmar (contratos corruptos).

Pero volviendo a dichas defensas de tesis, a veces quedaba también con la impresión que, mientras algunos jurados eran exageradamente rigurosos con la lectura de las tesis, a otros se les notaba que francamente la habían **leído por encima** como se dice coloquialmente. Y disfrutaba aun más observar todas las maromas que realizaban estos últimos para demostrar precisamente lo contrario. Durante esas defensas, me atraía asimismo dilucidar patrones que advertía superficialmente en todos sus actores: los egos insuflados de los jurados del tribunal. La actitud paternalista de algunos directores de tesis. Los nervios de los doctorandos dados los fieros ataques que recibían. En algunas ocasiones, y debido a esos duros golpes, percibía que quien quedaba más mal parado, no era tanto el aspirante a doctor, sino el mismo director de tesis cuya, tal vez falta de asistencia, guía y compromiso, lograban que su pobre discípulo terminara metido en semejantes aprietos.

Con la anécdota de mi amiga Montse, comprendí que tantos años de dedicación a una tesis se podrían perder debido a una rápida evaluación negativa y que, en definitiva, esto podría conducir al **shock** y tragedia referidos por ella. También que, tanto dinero invertido (entendido este como préstamos de por vida), se podría perder en unos cuarenta minutos que, generalmente, es el tiempo que toman dichos eventos. Porque hasta este es una constante, generando toda

*una narrativa del **suspense**: de los nervios iniciales, se pasa a un intenso desarrollo. Es decir, a las demostraciones de conocimiento por parte del doctorando (aunque mucho más por parte de los jurados), concluyendo luego en un final feliz (aplausos, felicitaciones, comidas, vino)...o el triste y trágico desenlace como el caso que nos concierne.*

*Me di entonces a la tarea de indagarle más a Montse y, aprovechando que estaba en Barcelona, hice gestiones, pedí permisos hasta que logré visitar a este pobre desdichado todos los sábados durante tres años. Al este no tener familiares ni amigos en la ciudad condal, el psiquiatra encargado de su caso vio como algo positivo que su paciente tuviera alguna visita amable. Que el relato catártico que pudiera hacerme de su vida, tal vez aliviaría su pena y le ayudaría a entender por qué había llegado a ese, su muy doloroso estado psíquico. Por ejemplo, en sus relatos orales y escritos se notaba que no era tanto un **Doctor** lo que quería ser, sino que aspiraba a ser escritor. A veces ni siquiera eso, porque lo único que parecía importarle eran los laureles de las letras para poder vivir algún día en Laureles (Medellín). Pero, en el fondo-fondo, parece que lo único que quería era simplemente salir de Colombia. Punto. Pero ¿no estamos todos dando palos de ciego creyendo que queremos algo, aunque lo que queremos es otra cosa, y, mucho más en el caso de los neuróticos, dando las mayores vueltas posibles?*

*Así que, como si no hubiese querido desterrar ese juvenil anhelo de ser un famoso escritor, pero no en el barrio París (Colombia) de donde era, sino en París (Francia), me escribía fragmentos de la historia de su vida para luego dárme los a leer ahí mismo, sin dejar nunca que llevara conmigo sus cuadernos con orejas de burro. Eran relatos caóticos, rocambolescos, con comas mal utilizadas como sucede con todo alienado mental. Aunque, en el fondo, allí latían pequeños detalles de una experiencia de vida. Y todo ello, poco a poco interconectado, iba formando un todo, para explicar su trágico final.*

*Quisiera subrayar que esperaba yo, con mucha ilusión, el día de entrevistarme con él. De hecho, me sentía como el político que, una vez liberado de la dura faena de la corrupción de entre semana, se lanza fervorosamente a visitar caseríos y corregimientos para demostrarle así, a su pueblo, que está cerca de él. A la vez que, para relajarse de la severa tarea de robar, se come unas deliciosas empanadas bajo la sombra de cualquier generoso árbol, sin quitarse nunca su demagógico sombrero. Sentía que eso mismo me pasaba a mí, al verme liberado de la también dura y alienante tesis. Sentía los sábados como todo un espacio de solaz. Aunque lo que se inició para mí como una simple curiosidad, gracias a la anécdota de Montse, como un simple interés narrativo, como una ayuda indirecta para ese neurótico, se me fue convirtiendo misteriosamente en una obsesión. Observaba cómo muchos de los acontecimientos que me iba relatando este ex doctorando, sumido ya en la desgracia, se iban transformando en mis propias experiencias de vida, concretamente en tres: ambos originarios de lugares pobres pero honrados, más concretamente del barrio París (Colombia). Ambos profesores de inglés en algún momento de nuestras vidas. Ambos con una fascinación por el romántico y perpetuo fracaso. Es decir, hinchas del Deportivo Independiente Medellín. Así, a medida que me iba relatando todo ello, fui abrigando una extraña sensación de estupor, en algunas ocasiones rayando en el pavor. Todo ello por enterarme de cómo la realidad se replica en formas tan extrañas. Puede sonar muy borgiana la afirmación, pero realmente **esos fulgurantes sábados se convirtieron para mí en una suerte de lectura de las lentas e imprevistas páginas de mí propio ser**. Perdón, Borges, por la descachada. Mejor, perdón a los delirantes borgianos de Medellín, que son legión.*

*Para completar el relato que hacía **mi amigo** (y así lo llamo, porque con el tiempo empecé a apreciar y a tenerle una especie de lástima a este pobre desdichado), el psiquiatra me permitió acceso a sus informes y pacientemente convino en concederme algunas entrevistas, para que yo pudiera llenar*

*algunos vacíos de información frente a los cuales **mi amigo** se notaba reacio y hasta agresivo conmigo. Aunque debo confesar que los intercambios con el psiquiatra igualmente se convirtieron en una obsesión mayúscula para mí: con las versiones que me ofrecía, me daba cuenta de los disparates y mentiras con los cuales **mi amigo** solía prodigarnos a nosotros, sus ingenuos escuchas. No obstante, muchos años después, frente al apelonamiento en la parada de cualquier Circular Coonozca, he llegado a pensar que las versiones opuestas y coincidentes son en el fondo aporías mismas en torno a cuestiones como la verdad, el recuerdo, la mentira y el delirio. En todo caso, y para aclarar las mentiras a las que me veía sometido, decidí meter aquí uno que otro texto mío -de contrabando- aclarando algunos asuntos. Tenía todo el derecho después de haberle dado tanto protagonismo a **mi amigo**, ¿no?*

*Por otra parte, debo aclarar que uno de los mayores problemas que tuve, fue decidir qué tono utilizar, en qué persona escribir lo que **mi amigo** y su psiquiatra me refirieron. Como no tengo conocimientos en psiquiatría (y de hecho, tengo la impresión que realmente en nada, a pesar de un tortuoso y costoso doctorado), descarté por supuesto el informe académico. De tal manera que la primera persona que utilicé, está emparentada con la cercanía que quiero ofrecer a los lectores y con la emotividad de los relatos de **mi amigo**. Una primera persona mucho más humana y empática con su dolor. En el fondo quise darle voz a esa, su muy evidente angustia. Todo lo anterior con el riesgo de caer en lo rocambolesco, por supuesto. Pero, no es mi culpa, ya que mi amigo es la reencarnación misma de Rockambole. Y, en suma también, de esta manera di cuenta de la personalidad dividida del interno, **personalidad esquizofrénica**, creo que se dice.*

*Debo referir asimismo que tuve un obstáculo adicional, casi siempre hay un obstáculo adicional: como por obvias razones no se me permitió fotocopiar los informes del*

psiquiatra, y **mi amigo** nunca permitió que lo grabara (ni siquiera me permitió utilizar un simple cuaderno), debí redactar de memoria todo lo que escuchaba y leía una vez llegaba a mi casa (con el agravante que tengo una pésima memoria, pero creo que con este exigente ejercicio algo ha mejorado). Llegaba, pues, a mi pequeña buhardilla, que alquilaba por un precio astronómico, por uno que incluso me habría permitido comprar un chalet en Medellín. Hasta altas horas de la noche, me dedicaba a la dura escritura del texto, y luego seguía todos los domingos, lo más temprano que pudiera, así el pertinaz sueño intentara vencerme o la más dulce cama reclamarme. Me dedicaba, pues, a ello cual mártir, tomándome también algunas cervezas acompañadas con una botella de whisky como pasante, debo confesar. He de revelar también, aunque sin queja, que me perdí todos los partidos del Barcelona, es decir, todas las simulaciones de las faltas de sus teatreros jugadores.

Para ir concluyendo, debo expresar que anhelo, pues, que todo ese sacrificio haya servido para dilucidar un poco lo que pasó con **mi amigo**, esperando por supuesto que él no se moleste con el exceso de confianza en mi tratamiento o por las posibles indiscreciones que mi texto pueda develar. Porque, en definitiva, es a él a quien va dedicado este relato, este es su más consumado homenaje, y más ahora que tanto lo recuerdo y mucho más lo extraño, sobre todo los sábados ya aquí en Medellín viendo al Medellín perder.

Una última aclaración, porque también siempre hay una última aclaración: desde bien temprano quise titular este relato de vida como **Buenos días, fracaso**, en homenaje a ese otro y famoso título literario, **Buenos días, tristeza** de Françoise Sagan. Porque la deferencia, lo repito, y espero no fastidiar al lector con ello, es realmente para **mi amigo**. Porque no era solamente tristeza lo que observaba en él, era un pertinaz fracaso poético que yo presumo lo acompañó toda su vida desde que aguantaba hambre en el barrio París (Colombia). Así que entonces, y para dar más cuenta de él, me

*decidí a última hora por **La vida de Will-man**. Ese título sí representa y le rinde honor a esa pobre man, bebiendo espero. Will-man es un nombre ficticio, por supuesto. Ello para cuidar su identidad, pero me pareció que así debía llamarse en este relato. Él es todo un **hombre** de la **voluntad**, espero sepan encontrar la sutileza del inglés...*

*Sin más, he aquí entonces lo que muy amablemente me refirieron tanto Will-man Andrés Zapata, así como su paciente psiquiatra, Jordi Andreu Sants. Un agradecimiento fraterno y distanciado para los dos. Quiero decir, desde la distancia en el barrio París (Colombia), parte muy alta.*

**Sr. Prof. PhD. Dr. Don Wilson Arturo Orozco**





**PRIMERA PARTE****UN TERCERMUNDANO BUSCA ESCAPAR AL  
PRIMER MUNDO CON LA EXCUSA DE ESTUDIAR  
UN DOCTORADO**

Observing the growth of a book under his hands, the author swells with delusions of grandeur. «I too am a conqueror —perhaps the greatest conqueror of all! My day is coming. I will enslave the world—by the magic of words...» *Et cetera ad nauseam.*

(*Sexus*, Henry Miller)

**1**

Medellín, ciudad de Pablo Escobar y, a la vez, cuna del Festival Internacional de Poesía más internacional del mundo es la más innovadora del globo terráqueo. La ciudad de la eterna balacera. La vanidosa tacita de plata. La ciudad de los superados. En sus calles, se venden toda suerte de libros de superación personal, que solo sirven a sus autores. Los libracos llevan títulos simpáticos e impactantes como *¿Quién se ha llevado mi queso? Padre rico-Padre pobre. Ama y no sufras* o *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*. Este último, mi preferido. Con él, reforcé eso de que siempre hay que mentir y mucho sonreír, si se quiere lograr algo en esta fracasada vida. También se explican allí

todas las estrategias que han de utilizarse para influir en las personas y venderles cualquier cachivache y fantasía. Y en eso somos expertos en Medellín. Tierra de negociantes, de comerciantes y de emprendedores. De vendedores de su propia vida como yo. Porque mi labor ha consistido básicamente en ofrecerme al mejor comprador. Puro *personal branding*: Sonreír. Interesarse por el otro (así uno lo odie). Llamarlo por su nombre (así suene ridículo como el mío) y muchas otras estrategias *para salir adelante* (como constantemente nos decimos para darnos ánimos) son las enseñanzas que “debemos interiorizar”. En todo caso, con solo comprar los libracos en cuestión, ya las autores se estarían superando. O mejor, el pirata que pirateó la edición con muchos defectos. Y en eso de piratear somos expertos también en Medellín, tierra de gente pujante.

Esta es, pues, mi historia. La de un tipo común y silvestre. Harto común y más que silvestre. Producto de esa ciudad. Que mucho padecí y de la que intenté salir desesperadamente. Porque muy temprano me dijeron que, por tener el INRI de ser colombiano, solo tenía a mi más cercana disposición dos alternativas para salir al extranjero. Es decir, para salir a cualquier tierra prometida:

- a) Ser una mula (difícil no me quedaba en todos los sentidos).
- b) Lavar baños (difícil tampoco para un colombiano).

Por ser un cobarde no me planteé lo primero. Por ser un orgulloso y pusilánime filipichín ni siquiera intenté lo segundo. Y debo aclarar de una buena vez que relato esto desde España. Cómo no. Pero no en las mejores condiciones. Bueno sí. Tengo todo el tiempo del mundo para hacerlo. No sé por qué. Me han dicho insistentemente que estoy en un centro psiquiátrico. Aunque no lo creo. Me parece más bien que estoy en las modernas instalaciones de cualquier universidad privada. Y de esas sí que sé. Me han dicho también que cometí algo muy grave. Que tal vez al (d)

escribirlo, se pueda entender qué fue lo que me aconteció. Todo para intentar saber dónde radica el inicio, la mitad, y, ojalá, el final de mi complejo delirio.

-¡Ah! ¿dónde fue que se me cruzaron los cables?, pregunto yo en tono afable y campechano.

Con ello una tropa de psiquiatras me mira y me sonrío paternalmente. Porque como dicen sabiamente mis compatriotas: *lo que mal empieza, peor termina*. Vean entonces este mal comienzo. Esta maraña de espinas. Espinas sin rosas que atravesaron el corazón de este pobre mártir sin ningún porvenir.

## 2

Una vez enterado en mi tierna juventud de la pobreza que me acorralaba, quise huir de ella a como diera lugar. Así que incubé esperpénticamente la torpe idea de ir algún día a París (Francia). Para convertirme, primero en bohemio y luego, por ahí derecho, y si me quedaba tiempo, en escritor. En un *best-seller*. A París (Francia). Ya se sabe que esa ciudad tiene efectos mágicos en todos los artistas relacionados con las *belles lettres*. Daría así una poética pátina a mi indignancia. Porque no es lo mismo ser un menesteroso en Montmartre (París) que un mequetrefe en Manrique (Medellín). O, como en mi caso, en París (pero Colombia). Imaginaba yo que debía aguantar todo el hambre posible (difícil no me quedaría). Luego, debería hablar con orgullo de ese apetito no calmado. En últimas, habría de crear un halo mítico y romántico en torno a mi figura sufriente. Porque para ser un escritor afrancesado, no hay nada como pergeñar unos inicios duros y sombríos. Sórdidos y desesperantes. Saber tocar un instrumento en el metro de París siempre ayuda.

Pero, dificultades tuve para comprar el tiquete de avión. También para demostrar ingresos, cuentas bancarias, apartamentos, carros, fincas, sueldos, estabilidad

económica y salarial. Igualmente, y lo más complicado, salud psíquica y emocional. No me hallaba tampoco en ausencia de antecedentes penales y académicos. Por todo lo anterior, la visa múltiple que mendigué múltiples veces, me fue negada -a su vez- múltiples veces. Resuelto *a no echar pa' atrás ni pa' coger impulso*, como dicen animadamente mis coterráneos antioqueños, me dije entonces que debía cimentar mi carrera como escritor en mi villa. Es decir, en *La Bella Villa* (ojo: no confundir con la cárcel Bellavista, aunque también). Después, sería reconocido en todo mi país. Me convertiría en un famoso escritor de esos que invitan al ¡Ay, Festival! de Cartagena. Y ya que hablamos de Cartagena, mi sueño real era, pues, persistente. Es muy importante tener claros los sueños. Dicen que apuntarlos incluso. Mi ensueño real eran entonces primero Cartagena después La Ciudad Luz. Cerraría con corchete de oro esa carrera que yo, en mi ignorancia e ingenuidad (la misma cosa son), imaginaba como fulgurante. Pero como lo mío siempre ha sido el maldito malditismo, el artista romántico que busca el fracaso adrede, pues yo mismo me auto *boicotié*, como dicen los coach y psicólogos, que, presiento, la misma cosa son. Es decir, era ya, *avant la lettre*, una *persona tóxica*, cuando el término ni siquiera existía. En algo tenía que ser un adelantado. Ya verán, pues, cómo yo mismo dormía con el enemigo. Es decir, cómo dormía yo con yo...

### 3

Reconozco que intentar ser un escritor para salir de Colombia fue parte de mi delirio. Parte de mi falta de guía y de los consejos que necesita todo joven en el proceso de formación de su libertina personalidad. Ahora reconozco que debí mejor, si quería salir algún día por el aeropuerto de Rionegro, dedicarme más bien a los negocios. Al modo de mis emprendedores paisanos: Montar un almacén de chucherías en El Hueco y, por qué no, comprarlas yo mismo en la China. Así como bien saben hacer todos esos

montañeros del Hueco. Casi todos nacidos en el Oriente. En el Oriente antioqueño, quiero decir. Debí haber escogido ese camino más expedito y más sencillo. Me habría ahorrado muchas penas y penurias. Pude haber tenido casa-carro-y finca, y, en diciembre, habría viajado con orgullo a Disneylandia. Pero no. Aunque, si así hubiera sido, lo malo entonces es que este magnífico libro nunca habría existido. El libro que mi buen amigo Wilson Arturo (casi mi tocayo) está interesado en escribir. Mejor, publicar. Porque realmente eso es lo más importante. A esta altura de mi locura, no estamos para mentiras.

Pero ya no podía dar marcha atrás a esos, mis delirios esclavizantes de ser un escritor famoso. Pergeñé entonces el plan de ataque, que debía estar centrado en dos frentes. Primero, crear una red de amigos entre escritores y editores. Entre profesores y traductores. Es decir, toda esa red encargada de difundir por razones ideológicas aquello que nos venden como las *bellas letras*. Decidido estaba a contactar *buenos elementos* (como dice mi papá) para que me ayudaran a salir adelante. En otras palabras, para que me publicaran. Puro *networking* que llaman. Iría a talleres de escritores que no sirven para nada. Me haría amigo del facilitador que se cree escritor. Seguiría lambonamente sus consejos. Alabaría su obra ya publicada por la misma institución que (a lo) bien tuvo la mala idea de contratarlo y publicarlo. Y, lo más importante, escribiría artículos laudatorios en torno a otros escritores. Eso del *yo te alabo, tú me alabas. I'm OK - you're OK*. Pero, mientras en mi delirio organizaba esa primera fase del plan de ataque, me seguía faltando aún lo más duro e importante. Qué duda cabe. El otro frente. El *escribir* que llaman.

Pero yo, colombiano, y, ante todo, antioqueño para más señas, vengo de una tierra de poetas. En el siglo XIX no había que saber de política, solo bastaba con ser un vate. O, en su defecto, sancionar lo que otros escribían. En poetas y gramáticos estaban los destinos de la patria. Milagro

es entonces que no nos haya ido peor como nación...Y tenía buenas perspectivas frente a mí porque, sobre todo los antioqueños, llevamos ese lirismo en la sangre. Esa exageración de culebreros que hace las delicias de propios y extraños. Nos dejamos arrebatrar por una emoción que a veces termina desafortunadamente en la conmoción. Y, casi siempre también, en esa mezcla fatal de rabia con balas. Aunque por el lado amable, borrachos y políticos por igual entonan cánticos de sus poesías preferidas (así las llaman, *poesías*). La tierra y sus montañas. La madre y sus sacrificios amorosos. El hacha y la desaparición de los bosques. Esas son sus isotopías preferidas. Álvaro Uribe Vélez, por ejemplo, el mejor presidente-ganadero que ha dado la patria desde que somos una nación de poetas, declama de memoria toda la empalagosa poesía de Jorge Robledo Ortiz, por ejemplo. Aunque también son estrambóticos sus discursos y proclamas. Sus gritos veintijuleros en cualquier plaza de la patria. Lo hace con una gran memoria porque, para lo único que es desmemoriado es para aquello que no le conviene. Pero su caso hace parte más bien de la psiquiatría. Y eso aquí no nos compete. O, por lo menos, no *su* particular psiquiatría.

Junto con la narrativa empalagosa tan cercana a la poesía, no puede haber proceso de iniciación al sacrosanto amor por Antioquia que leer, representar y alabar la escritura de Tomás Carrasquilla. Pero no se debe pensar que vivimos en el pasado. No. Somos un pueblo pujante y que mira al siglo XXII: tenemos el festival de poesía más importante del mundo mundial. Aunque no ha sido muy eficiente en eso de parar la muerte y el desconsuelo. La arremetida de las balas y el carnaval de la pelona como rezan los bellos eslóganes de sus organizadores. Eso no impide que miles de entusiastas asistentes abarrotan escenarios y aplaudan a rabiarse poemas que no entienden, en idiomas más que irreconocibles. Con semejante herencia poética no me podía quedar atrás. Por ello, en un cuaderno sin argollas y con orejas de burro, me di a la tarea de escribir bellos versos. Me fue mal, por

supuesto. Mi ausencia de vocabulario, mi falta de emoción, mis rimas disparatadas y chuecas me hicieron saber que tal vez tenía que intentar por otro lado. Ese otro lado fue el de la cuentística. Al parecer, sin mucho éxito tampoco.

Porque he de reconocer con algo de vergüenza, aunque realmente con tristeza, que escribí dos libros de cuentos que publiqué yo mismo. De mi propio bolsillo roto. Mi desespero era evidente. No vendí ninguno. Hube de regalar entonces todos los ejemplares para luego encontrarlos en remates de segunda. Uno se titulaba *Gente que necesita que le publiquen*. Trataba de un borracho que se creía escritor. Peor, que se creía Bukowski. Lanzaba disparatadas invectivas contra toda suerte de figuras de autoridad: policías, pastores, presidentes de equipos de fútbol. Pero, sobre todo, contra todos los editores que no le habían publicado. Lo hacía en un lenguaje procaz, entrecortado. Sin belleza literaria. *Muy bukowskiano*, decían unos. *Te parecés a Bukowski hasta en los dibujitos*, añadían otros sin que les hubiera preguntado, los muy metidos.

Así que me di a la tarea de escribir otro libro, para probar mejor suerte. Lo titulé *El burócrata que se creía perfecto*. Era una cosa bastante cínica y sarcástica en la cual hablaba de la vida oficinesca de unos pobres burócratas con los que tenía la mala suerte de trabajar. Fue el producto de mis experiencias laborales en una universidad privada, que creía hacerme el bien al darme trabajo. Pero, en donde realmente me sentía explotado. Esa será otra triste historia, en su momento debidamente explicada. De este segundo libro me decían:

–Es muy a lo Rubem Fonseca, es su pura imitación.

–Pero si no he leído a Rubem Fonseca, no sé quién es, les aclaraba.

–Igual, parece su imitación, tenés que encontrar tu propio estilo, hallar tu voz particular, remataban.

No sabía a qué se referían. Pero no me daba por vencido. Los cocteles de lanzamiento de otros libros fueron mi nuevo *target* para lograr una *visibilización* que mi ausencia de talento no me había permitido. Iba como quien no quiere la cosa, llevando mis manuscritos bajo el brazo. Me acercaba a los editores con cautela, y, al hacerles entrega de mis obras maestras, ellos, algo incómodos, ponían su copita de champán en una mesa adyacente. Miraban por encima las hojas argolladas. Leían los títulos. Me miraban. Yo, a mi vez, los miraba. Luego, ellos miraban las fotos en las cuales yo quería posar como un escritor colombiano más: como uno que hace siempre malacara a pesar de ganarse millones como profesor universitario. O el otro, que aparece agarrándose el pelo. O el de más allá, alguien que parece siempre maquillado, digna emulación de cualquier Rosario (cejas de tijeras). Los editores me miraban de nuevo. Balbuceaban consternadamente algo que yo no alcanzaba a entender. Finalmente me decían, no muy convencidos, que a lo mejor le podían *pegar una miradita después*. Yo les decía entonces que magnifico, que regio, que se podían quedar con esas copias impresas expresamente para ellos. Me decían que no, que no se podían encartar con esos *poemas* en ese momento. Que se los mandara mejor por correo electrónico en archivo adjunto.

-No, no son *poemas*, les aclaraba. Son libros de cuentos.

-Bueno, sí, eso, me decían ya con impaciencia.

-¿A quién? preguntaba con desánimo.

-¿A quién qué? me contrapreguntaban con exasperación.

-¿A quién le mando mis libros de cuentos?

-A mi secretaria, respondían secamente y seguían en lo suyo. En su bebeta y en sus conversaciones animadas, liberados de mí, dándome la espalda.



Mi claro desespero por ser publicado, las insulsas líneas de mis manuscritos –todas ellas faltas de literatura, por supuesto-, junto con mi falta de talento, todo ello terminaba por ser una combinación fatal. Así que gracias a todo lo anterior, nadie, nunca más, se ponía en contacto conmigo. Sin embargo, creía yo para consolarme, solo me faltaba el tono poético. El adjetivo. El enredo. El estilo. La pose rebuscada. Porque ¿no han visto ustedes cómo imposta la gente su voz hasta para leer cualquier ridículo verso? En todo caso, mi insistencia hacía que siguieran huyendo de mí en cuanto me atisbaban. Como último recurso, pistiaba de cualquier manera a los editores en sus propias oficinas, les preguntaba insistentemente cómo les había parecido mis geniales líneas. Para salir de mí me repetían lo antes expuesto líneas arriba: que era muy bukowskiano, muy Rubem Fonseca, etc.

–Pero no he leído a Rubem Fonseca, les aclaraba de nuevo...

Yo salía de sus oficinas, sin ganas de darme por vencido. Aunque, en el desfondo, derrotado. Pero ya se entiende: soy antioqueño e hincha del Medellín.

Los editores seguían huyendo de mí.

## 4

Y ahora, tantos años después, es que logro reconocer que, aparte de estar bajo el desesperado afán de ser publicado (solo para salir de Medellín), estaba también bajo el delirio narcisista del reconocimiento. Uno de mis mayores anhelos era ser entrevistado en el diario leer de los antioqueños. Esa conservadora institución creadora de realidad: *El Colombiano*. Bien podría cambiar su nombre a *El Uribista*. Nadie se daría cuenta.

–Maestro, ¿qué opina usted de la situación actual del país?

Así imaginaba y me babeaba con que me preguntara una periodista de Bolivariana. Hija de algún amigo de los principales accionistas del periódico. Pero, sobre todo, deliraba con lo de *Maestro*. Que a mí, al *Maestro*, lo indagaran sobre lo que pensaba, creía y vislumbraba en torno al universo, el mundo y Antioquia. Habría sido mi mayor orgullo, para qué negarlo. Además, anhelaba con todas mis fuerzas ser invitado a coloquios –ojalá, por supuesto, allende las fronteras de mi patria, ya se sabe. A esos encuentros donde usualmente los escritores se invitan entre sí para encontrarse de nuevo y seguir hablando aun más. Es que nunca paran de hablar. Y yo, en mis sueños diurnos y nocturnos, al ser cuestionado, por ejemplo, sobre el papel de la literatura en la sociedad, fruncía el ceño, guardaba un enigmático silencio, me tomaba unos impactantes segundos, y hablaba *sobre la enjundia meridiana y salvadora de la literatura*. Sin señalar, por supuesto, que al único a quien salva la literatura es al escritor, si es que le publican los libros. O mucho mejor, si se gana algún premio en metálico con los impuestos de todos los ciudadanos. Incluidos los impuestos de los ciudadanos pobres, por supuesto. Además, la literatura ponía, cómo no, *el dedo en la llaga sobre la opresión del hombre por el hombre*. Resaltaría también *el dolor de estar vivos*, eso siempre sonaba poético en mis sueños diurnos. En suma, que había una salvación por las letras, así no creyera en esa salvación, ni creyera en las letras, pero diría todo eso, por supuesto, sin develar lo que realmente pensaba. Porque el plan era siempre quedar bien. La idea era no cerrar puertas sino precisamente dejarlas bien abiertas, ¿no? Porque si a los políticos les va tan bien mintiendo, no iba yo a ser ahora la excepción, pensaba yo sin que contaran con mi astucia. Además, porque a escritores y políticos, a todos por igual les va de mil maravillas. Premios allí, sonrisas en cocteles por acá. No dicen lo que realmente piensan y así sucesivamente...

Y bueno, en algún momento despertaba yo de mis delirios, recordando una vez más que iba rumbo a dictar

una clase de inglés, a enseñar el verbo “To be”. Después de dos horas de viajes y tacos en un Circular Coonzca...

## 5

*Will-man Andrés Zapata nació en Medellín-Colombia el tres de noviembre de 1973 en la clínica Luz Castro de Gutiérrez. Institución pública, ya que su padre en dicho momento estaba afiliado al Seguro Social. Su padre: obrero. Su madre: empleada del servicio doméstico. Esto explica la obligatoria escogencia de dicho burocratizado centro de salud.*

*Will-man desde niño ha sentido una especial alienación en torno a Medellín. Una ciudad compuesta en su mayoría por blancos y mestizos. En menor medida, por indígenas y negros. Como los blancos hacen parte de la administración pública y poseen los medios de producción, Will-man por tener rasgos indígenas (piel oscura, pelo lacio) siempre se ha sentido como parte de una minoría. Excluido socialmente. Aunque, paradójicamente, sin ningún ejemplo en concreto que pueda demostrar dicha discriminación. Lo que hace pensar que los delirios de Will-man no son solo de grandeza, sino también de inferioridad. Algo paradójico, sin duda.*

*Medellín es conocida, por el lado de las guías turísticas y del discurso oficial, como muy fuerte en su industria. Con un vigoroso comercio. Con una oferta de servicios espectacular. Por el lado de las noticias que empañan siempre esa positiva imagen, también se la conoce como la cuna de Pablo Escobar. Por su cocaína que es de una calidad excelsa. Por la violencia en sus comunas. Por sus bellas mujeres de Inex-moda. Medellín es también reconocida por ser una de las ciudades más pujantes y dinámicas después de Bogotá. Aunque todos los habitantes de Medellín, sin excepción, la consideran la mejor ciudad del mundo mundial. Lo paradójico es que escasamente han salido de ella. Pero, tener el único metro de Colombia, dos aeropuertos (uno de ellos internacional*

*con conexiones diarias a Miami), el primer equipo en haber conquistado la Copa Libertadores de América (aunque comprada por Escobar, dicen) y un largo etcétera, no han hecho más que fortalecer el orgullo de sus provincianos habitantes. Un orgullo que viene de antaño, desde cuando, tal vez, el primer antioqueño derribó el primer árbol a punta de hachazos. El amor por Antioquia es una obligación moral. Algo que no hemos podido percibir extrañamente en Will-man. Al no sentir ese amor instintivo, muchos le han preguntado entonces que si es rolo o, peor, que si es boliviano.*

*También debemos decir que el ethos del antioqueño es el emprendimiento. Hay un fuerte y arraigado valor en el trabajo, el ahorro, la previsión y la superación personal. Tal vez los libros de autoayuda, a los que se refiere Will-man al inicio de este relato, sean un síntoma de ese tipo de sociedades pujantes, emprendedoras y, por ende, con una cierta agresividad y violencia innatas. Porque en relación con los libros de autoayuda, llama la atención que Will-man empiece su relato hablando de ese tipo de literatura. Que uno de sus primeros libros leídos hubiera sido *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas* y que a la vez, ese libro haya sido su primera inspiración. Llama la atención porque ha sido un libro inútil, ya que Will-man casi siempre utiliza todos los medios para caer mal. Que lo odien. Su tono sarcástico para referirse a sus coterráneos es su principal desventaja, si es que su deseo es caer bien. Porque ya se sabe que gustar, lamber y ser un hipócrita son condiciones imprescindibles para triunfar en la vida. Para ser jefe de algo o de alguien.*

*Lo que llama también la atención es que Will-man quiera ser un escritor, lo que en el fondo quiere decir ser un superado. Y que ese reconocimiento le venga de la misma gente que ataca: he ahí una de las tantas y más desconcertantes contradicciones de Will-man. Sabemos que, por sus humildes orígenes, Will-man ha visto en la educación una posibilidad de avance personal. Su mamá estudió hasta tercero de primaria y su papá hasta cuarto. Es entonces como si Will-man se definiera por oposición a su medio. Pero, a la vez*

tomando la forma de este: critica los libros de autoayuda, pero quiere superarse en la vida. Mordazmente se refiere al carácter de superados de los antioqueños, pero él quería a su vez superarse por medio del estudio. O ser alguien en la vida. Lo que quiere decir para él, simplemente salir de Medellín.

Porque no es cierto que Will-man haya diseñado todo un esquema delirante, como él lo llama, para salir de Colombia. Eso bien temprano lo había hecho sin necesidad de tantas digresiones. La primera vez que salió allende las fronteras de su país, fue al Ecuador. En bus, cuando atravesó la frontera, yendo de Ipiales a Tutucán. Perdón, a Tulcán. En ese entonces, Will-man contaba con la difícil edad de 16 años. Así que viajó (y peleó) durante toda esa dura jornada con sus abnegados padres...Por otra parte, es cierto, sí, que Will-man ha surgido de un ambiente pobre pero honrado. Aunque no entendemos por qué la exageración de su desconocimiento de lo que es un pasaporte o conocer otro país, así sea atravesando una frontera en bus. Nuestra sospecha es que lo hace para que sus relatos tengan más fuerza expresiva y lírica. Porque, ya se sabe, la exageración es uno de los recursos más utilizados por los antioqueños...pero eso ya es un asunto de la psiquiatría social...

Y ahora, unas cuantas palabras en torno a su relación con la escritura. No es cierto igualmente que Will-man haya diseñado una red de contactos para lograr ser publicado, ya que Will-man no conoce editores. O, por lo menos, no son sus amigos. Ni tampoco es amigo de otros escritores porque eso es muy difícil. Mucho menos conoce traductores porque en Medellín no hay traductores. Solo hay profesores de inglés, que es otra cosa. Lo que demuestra que Will-man miente compulsivamente. En lo único que es veraz es cuando afirma que tuvo que pagar por la publicación de sus libros. Mintió ligeramente en los títulos de sus libros, eso sí, tal vez por pudor. Sea esta la oportunidad para aclarar la verdadera naturaleza de dichos títulos y, por qué no, intentar venderle uno que otro. **Gente que necesita que le publiquen** realmente se titula

**Gente que necesita cerveza. Y El burócrata que se creía perfecto** es en realidad **Burócrata imperfecto** publicado por Sílabas Editores. El último, de hecho, se puede conseguir en las librerías de Medellín; incluso por internet. Su psiquiatra ha pedido que se haga la debida compra para analizar de qué van los libros, y así poder comprender mejor la extraña y neurótica personalidad de Will-man. Tal vez sean los únicos dos libros que se logren vender.

Por demás, con esa actitud de mentir y de retorcer las cosas para mostrarse más pobre y rechazado de lo que ha sido, Will-man busca ganar la simpatía de quien lo escucha. Por otro lado, la forma despectiva en la que se refiere a los otros escritores, a sus colegas a este paso, tiene que ver con una cierta envidia. Con una cierta incomprensión que Will-man ve para sí. Eso es muy propio de los bukowskianos quienes, en sus delirios, quieren siempre caer en la exageración del artista incomprendido. Cuando los rechazan, sienten que no es por la (mala) calidad de su escritura sino por un complot hacia aquél que está por encima de su época. Creen que todos los editores están en su contra. Que todos forman una sociedad secreta de recomendados. Excelente argumento para Will-man, ya que eso aumenta su sensación de alienación y de auto conmisericordia. Nada mejor para un maldito artista bajo la influencia del malditismo que verse como la víctima de un sistema. De una sociedad bien pensante.

Para terminar, podemos concluir parcialmente que Will-man detesta lo que en el fondo desea. Que desprecia al gremio al cual quiere pertenecer. Que miente descaradamente solo para ganar simpatía y comprensión. Como si mintiera para recolectar muchos **Likes** en Facebook. “Eso es realmente lo único que importa en la vida” ha llegado a confesar de una manera desconcertante. Solo pestañeando una que otra vez.

**Sr. Prof. PhD. Dr. Don Wilson Arturo Orozco**

## 6

Déjenme explicarles cuándo, cómo y por qué llegué a La Empresa, y así entender retrospectivamente por qué me echaron. Todo se entiende siempre después. Y ya que hemos hablado de emprendimiento y de pobreza, de ganas de salir adelante (*salir adelante* aquí, en este bello texto, quiere decir salir pronto, rumbo al exterior), les daré información privilegiada que corresponde a la de todo hombre varón y varonil. Mayor de edad. Y que ha tenido la mala suerte de trabajar en una universidad privada.

Aparte de intentar desesperadamente ser un escritor, debía trabajar para ganarme la vida. De algo tenía que (mal)vivir. Era entonces profesor de inglés. Enseñaba una y otra vez *the auxiliary verb to be* en La Empresa y otras universidades privadas de Medellín, ya que no tenía el talento suficiente (parece que tampoco) para vincularme con una universidad pública. Era entonces lo que se conoce como un *cátedra*. Mejor, un *profesor-bus* como también se nos conoce. Iba de universidad en universidad (de bus en bus) con mi mochilita sobre mi adoloridita espaldita. Luego, sin ningún respiro, de aula en aula. No tenía oficina, ni baño exclusivo para profesores (debía caer bajo, es decir, usar los sucios baños de los estudiantes, pero todo coincide, ya que este bello relato es pura imitación del realismo hípersucio). Igualmente, no tenía escritorio. Ni sellos para estampar. Ni documentos para firmar. Qué triste era mi vida, sobre todo por el dolor en mi espaldita.

I repeat: era un simple *cátedra*. El paria de la educación. Elapestado. Lo más bajo de lo más bajo en la casta profesoral. Mendigando horitas aquí y allá, así se definía mi vidita. No se sorprendan por este diminutivo tono. Cuando yo empiezo a hablar de mí mismo -con lástima- se me sale ese tono campechano y folclórico de los antioqueños. Especialmente el del Dr. Álvaro Uribe Vélez que, cuando dice especialmente *hay que cuidar la platica*, sus paisanos

deliran. Pero no vamos a hablar de gente rica. Sigamos hablando de nosotros, los *cátedra*. Así eran, por ejemplo, los apasionantes diálogos con mis pobres colegas (pobres en todo el sentido de la palabra):

-¿Cuántas horas tenés este semestre?

-Me fue bien, me dieron ocho, aunque todas las clases en el horario familiar de las seis de la mañana.

-¡Já! Qué madrugón. A mí esta vez cero: desempleado, pero feliz.

-Con sarcasmos no se gana nada, ni se merca en el Éxito...

-Es cierto...

Era una vida laboral definida por los fríos números. Cierta semestre llegué a tener hasta ocho horas a la semana. Todo un récord. Toda una felicidad para mí en la Business are Business University Inc. Nombre falso, por supuesto, aunque con los neoliberales tiempos que corren, ni tanto. Así que, para no tener un lapsus he decidido mejor llamarla La Empresa. Así lo seguiré haciendo, si es que me acuerdo. No deseo ganarme una demanda interpuesta por ellos: tienen una facultad de derecho muy buena. Además, los dueños de esa (fami) Empresa son unas familias muy respetables. Muy poderosas. Con unos miembros que son unos excelsos politiqueros y quienes, a su vez, rigen los azarosos destinos de mi emprendedora ciudad.

Y ya que empecé a hablar de La Empresa, prosigamos para discurrir sobre mis jefes. Las figuras siempre más odiadas como corresponde al más asqueroso hiperrealismo sucio. El organigrama. Porque tanto criminales que se respeten como -por supuesto- La Empresa, contaban con uno. Teníamos entonces al jefe del jefe del jefe. Las palabras mayores. Es decir, las (malas) palabras mayores. Era el rector. Un tipo simplemente feo. Es decir, como cualquier



antioqueño. En otras palabras, era un antioqueño que se parecía a un antioqueño. Sus modos: de camionero. Tuso, barriga colgante, estrafalaria corbata, camisa sin mangas. O sea, su aspecto de chofer de Expreso Bolivariano iba a la par con sus modos de politiquero y de mandón. Le decíamos *Rimula*. Debo aclarar que, con esa comparación, con esa prosaica metáfora, termino por ofender a esa digna y bella ocupación: la de aquellos dedicados por igual al transporte de personas y de mercancías. A propósito, mis saludos para ellos, los ingenieros del transporte. Ellos son unas pulcras señoritas al lado de este señor. Ya que poco veíamos a Rimula, mucho más le temíamos. Cuando caminaba raudo, a la vez que hablaba por celular, con una decena de guardaespaldas detrás (no fuera que los mismos cátedra le hicieran un atentado), creíamos ver al diablo (sin cola).

Seguía el decano quien, por su blanca cabellera, se ganó el remoquete de *Cabeza de nieve*. Era otra de las cabezas más visibles del organigrama. Cabeza de nieve era un superado total. Empezó vendiendo seguros en su lejana juventud, y terminó de decano en la Facultad de Communication & Business Call Center. Parecía loco. Su mirada lo delataba. Brotaba sus ardientes ojos como si estuviera poseído por el demonio cuando en las reuniones amenazaba con echarnos. El fuego de su endemoniada mirada producía un poético oxímoron, dado el níveo frío de su blanca cabellera. Las técnicas del miedo las tenía muy bien internalizadas gracias a esas estrategias de *motivación* (léase *intimidación*) aprendidas en sus fieros años como vendedor de seguros. O de *promotor* como prefieren llamarlos ahora.

Cabeza de nieve parecía también un mafioso, siendo ese uno de nuestros mejores y más refinados productos locales. Llevaba corbatas estrafalarias y cargaderas con las cuales quedaba como un payaso. Era también todo un bufón, pero de los seriotos y malencarados. Los sábados nos hacía madrugar para motivarnos, (léase para regañarnos y amenazar con echarnos. Motivación al cien, sin duda), y nos tocaba verlo en su faceta más deportiva. Con una de esas

pintas sabatinas que se estilan en los empleos oficinescos: gafas negras horqueteadas en su nívea cabellera (bello contraste). Camisa de chalís por fuera y desabotonada hasta su canoso y peludo pecho. Zapatillas sin medias. Todo un dechado de virtudes varoniles gracias a los últimos alaridos de la moda mafiosa con los cuales mis atemorizados compañeros y yo, lo único que queríamos era gritar. Pero del dolor. Siempre es bueno aclararlo.

Después de Cabeza de nieve seguía el *Enano*. Así le decíamos. No es difícil entender por qué. Se pavoneaba ante nosotros con sus coloridas corbatas como si estuviera en un banco. Hay que entenderlo. Ese cierto ambiente corporativo así lo demandaba. En el fondo, se quería parecer a Cabeza de nieve. Quería su puesto algún día. Y Cabeza de nieve deseaba algún día ser como Rimula, el rector de nuestros destinos laborales. Así funcionaba el organigrama. El Enano compraba su ropa en Arturo Calle, siempre yendo a la moda. Además, era tuso. Es decir, llevaba un estilo al modo (para) militar, que incluso hace furor también entre los jóvenes ejecutivos de Medellín.

Al Enano, como era el jefe académico de la Communication & Business Call Center, debíamos saludarlo siempre con una amplia sonrisa. De esas que aprendí en mi libro de cabecera, *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*. Y si Cabeza de nieve era el jefe pluma blanca de la facultad, el Enano era su capataz. Todo un lambón y un lavaperros. Carecía de una simple maestría, pero eso no le impedía dictar clases. Y, lo que más nos atormentaba, poseía una ventilada oficina con escritorio y silla. Además de una percha para colgar su maletín de ejecutivo. Pero, a pesar de ser un payaso, igual lo mirábamos con envidia. Él lo sabía y ello le producía más felicidad. Eso, a su vez, nos producía más infelicidad. Cuando veíamos de mal genio al Enano, que era casi siempre, no le sosteníamos la mirada. Pasábamos cabizbajos ante él, pero luego entre tinto y tinto, con nuestras mochilas a la espalda, nos lo gozábamos y lo imitábamos. Cuando minutos después pasábamos de nuevo y lo veíamos con mejor

semblante, cambiábamos de tema y le preguntábamos muy lambonamente que cuántas horas tenía él presupuestado concedernos para el siguiente semestre. Él nos decía que todavía no sabía, que había que esperar para saber cuántos alumnos se matricularían. Dependiendo de eso abrirían los cursos: Si no había estudiantes, no había matrículas. Si no había matrículas, no había ingresos. Si no había ingresos, no se podían *ofertar cursos* (“ofertar cursos”). No habría la cantidad suficiente de estudiantes que justificaran el pago al profesor, la electricidad, el borrador, los marcadores, el desgaste de las sillas, el desgaste de las puertas al abrir y cerrarlas. Así funcionaba la cosa, teníamos que entenderlo. *Sí. Todo maniáticamente calculado, Enano, pensábamos.*

Aparte de matarnos llamando la atención de los estudiantes, debíamos también rendirle cuentas e informes al Enano. Ello consistía en inventar programaciones, diseñar currículos, *pergeñar programas* (“pergeñar programas”, qué bien escribo) y aportar ideas para el Programa Educativo Institucional. Todo ello por fuera de nuestras horas laborales, por supuesto. Era en nuestro tiempo libre. Es decir, de manera gratuita. Todo un aporte para la institución que, a (lo) bien, tenía trabajo para ofrecernos. Debíamos recordar que había mucho desempleo. Había una fila muy pero muy larga afuera. La fila de aquellos que necesitaban nuestro (mal) puesto. Así que debíamos tener un indeclinable sentido de pertenencia institucional. Eramos *como una familia*, se nos insistía. Aunque no. No *como* una familia: ÉRAMOS REALMENTE UNA FAMILIA. El Enano juntaba entonces todos nuestros aportes, redactaba informes y, a su vez, rendía cuentas debidamente ante Cabeza de nieve. Luego este exponía un resumen ante Rimula quien, a su vez, brindaba una corta exposición a los accionistas, leyendo soporíferas diapositivas en *power point*. Todo funcionaba a la perfección. Como una silenciosa maquinita...

Por otro lado, mis ocupaciones en clase se limitaban a llamar a lista (estaba obligado a hacerlo si no quería

ganarme un memo, pura motivación al cien), simular – para darle calidad a las clases– conocimientos sobre textos y autores que no había leído (aunque la clave era hacerlo con convicción, con el ceño fruncido). Por su parte, la faena de los estudiantes consistía en no prestarme atención: andaban hartos absortos en sus celulares, tomándose *selfies*. Aparatos que se habían convertido en el nuevo estanque de Narciso (“nuevo estanque de Narciso”, bella metáfora). Cuando salía de clase, debía sonreír en todas las oficinas a la hora de recoger o dejar cualquier aporte. Cualquier idea a mi familia institucional. Obligado estaba a tener buenas relaciones. En otras palabras, a conservar mi odiado puesto, se entiende. Triste, pues, era mi vida en *la ciudad más innovadora del mundo* (así nos había calificado la revista *Fortune-Teller*).

Así que mis preocupaciones no eran las de cualquier *hipster* que consisten en reventarse la cabeza para decidir qué marca de champú comprar para su frondosa barba. Ni decidirse sobre el último vinilo con el cual recrear un pasado que no le tocó. Veo que ya estoy delirando otra vez. Pero espero que tú, ¡oh, paciente lector, mi hermano!, sigas aún aquí conmigo. Presenciando estas, mis penas, que a mí por lo menos me dan mucha pena. Aunque no parece que mucha, ya que en lugar de agradecer por el trabajo que bondadosamente me dieron, vengo aquí a regodearme en mi dolor. ¡Malagradecido!

## 7

Cierto día tuvimos una charla “motivacional” con Rimula, que incluyó sin ninguna sorpresa muchas amenazas de despidos. Mientras él lanzaba sus peroratas, nosotros no parábamos de hablar por lo bajini, burlándonos de él. No lo respetábamos porque él tampoco hacía lo propio con nosotros. Y más aun, en el mismo instante en que nos gritó,

es decir, cuando su grasosa papada se hinchó y de su bocaza salieron estas sucias palabras:

–¡Si les gusta así, bien; o si no, ¡se pueden largar! ¡Ahí está la puerta!

Ese fue el preciso momento en el cual prendimos el piloto automático. Uno de mis camaradas aprovechó para contarme la historia de otro compañero bukowskiano, ¡qué coincidencia! Hago todas esas maromas narrativas para evitar que lo descubran (que nos descubran). Todo con fines meramente prácticos para oscurecer identidades, y así evitar tanto despidos como demandas. Porque, como ya he dicho, en la Business are Bussiness University Inc. hay una poderosa facultad de derecho, compuesta toda ella por una tropa de politiqueros locales. Es mejor evitar problemas. Es decir, repito, despidos, que es lo que en el fondo realmente importa.

Intentaré, pues, transcribir la historia en primera persona para no desentonar con el ritmo que llevamos, y para conservar ese modo confesional que tanto nos encanta, ya que hacemos parte de esa cultura judeocristiana que adora la confesión del pecado y escucha con pasión el chisme. Espero entonces que todos nos sintamos como en casa. Transcribo sus palabras tal cual como las recuerdo, tengo una excelente memoria, sobre todo para las historias con morbo incluido. Así que mi camarada se despachó con este inicio:

–Hombre, Will-man, yo sé que esta historia te va a gustar, da como para que escribás una novela...(así empiezan todos)...

“Era un profesor primíparo de la U. de M. (Universidad del Metalizado). Tuve mi primer curso que se llamaba Estado, Dios y Patria, que parecía diseñado por el Procuradíos, en su época de académico, cuando hacía tanto daño como ahora. Llegué serio y circunspecto a la primera clase, aunque

realmente estaba asustado. Bueno, y de todas maneras fastidioso, como siempre, eso no se puede perder. Hablé de mi propuesta que contenía mucho cine. Esa es la estrategia cuando uno no sabe enseñar algo. Una de las alumnas, blanca, como me gustan, me preguntó muy desafiante que si yo había consultado con la facultad para cambiar el programa original. Que si había sido aprobado por el magno consejo. Yo, aun más desafiante (es lo mío), le dije que no. Que ese era el programa, y que quedaba entonces a disposición de los estudiantes si lo aceptaban o no.

-Es que a mí me parece que esto es como ver televisión, dijo.

-Entonces cancele el curso, casi le grité.

El resto del grupo, que sí quería ver televisión, dijo que empezáramos así, y que *ahí íbamos viendo*, al modo de los colombianos para planear cualquier cosa. Así se acordó, pero total, la maldita canceló el curso y la clase también fue un fracaso porque el *cine-arte* que les propuse (ridícula etiqueta), produjo más bostezos que entusiasmos. Y grave, porque a mí lo que me gusta es el "Me gusta", sobre todo en Facebook...

Tiempo después, yo era el coordinador de bienestarina (ser un superado es lo mío) y la estudiante en cuestión fue a la oficina por no sé qué certificado. Aunque no era posible concedérselo. Ya había pasado como año y medio y las cosas estaban, por supuesto, más calmadas. Ella ya estaba felizmente casada, que es el sueño de cualquier mujer, incluso el de las feministas. Al verla de nuevo, me di cuenta de que mi agresividad hacia ella la primera vez, solo escondía una enorme *pasión animal*. Qué cliché soy. Al no poder ayudarla burocráticamente, ella salió de la oficina, pero yo le di alcance, y le dije como buen lambón, que algo con seguridad se podía hacer, que me diera tiempo, que yo tenía unas palancas, ustedes saben, las (malas) mañas de

los colombianos. Ella inmediatamente me miró picarona, con cara de *este man me está echando el perro*. En efecto, así era. Y remató:

-Esta noche voy para un bar con una amiga. Si quiere caiga allá, y entonces hablamos.

Dicho y hecho. Empezamos a beber muy civilizadamente. Hablamos de nuestras vidas, obras y ausencia de milagros. Pasamos a los tequilas, y no sé por qué cuando paso a ellos, todo empieza a ir peor para mí. Así que cuando mi "exalumna" se iba para el baño, yo aprovechaba para chuparme a su amiga. Cuando esta a su vez iba también al baño, yo aprovechaba para chuparme a mi "exalumna", antigua y dulce enemiga. Bendito licor. Hacia el final de la noche empacamos a la amiga en un taxi –ganó la dulce enemiga– y luego pasó lo que tenía que pasar entre dos ciudadanos mayores de edad y que, por supuesto, creo entender, no estoy obligado a declarar aquí. Días después nos volvimos a ver, pero es como si hubiera sido la repetición de ese primer día de clase. Hosca, mala clase, hostil, así estaba. Yo tampoco estaba por aguantármela. Y le dije:

-No nos podemos seguir viendo.

Ella, herida en su orgulloso ego, me repitió lo mismo:

-Eso le iba a decir yo también, que no nos podíamos seguir viendo.

El caso es que empezamos a pelear. Ella me gritaba como la loca que era en el fondo:

-¡QUÉ VA, VOS QUE TE CREÉS BUKOWSKI, PERO BUKOWSKI ERA POOBRE! VOS EN CAMBIO SOS UN MARIQUITA QUE SE GANA UN SUELDO COMO UN PROFESORCITO, SOOOS TODO PLAY, Y TODO GOMELO Y TODO UN FILIPICHÍÍÍN... y bla, bla, bla...

Bueno, no voy a repetir aquí todas sus sandeces, por supuesto. Porque este relato es mío y no de ella. La cuestión también es que no hay nada más insoportable para un irreverente como yo, que tener que aguantarse a otra irreverente. Así que prendí mi carro último modelo (pagado en ahorcadoras cuotas), e intenté no saber más de esa mala conciencia que siempre me recuerda lo farsante y falsamente bukowskiano que soy”.

Hasta ahí el relato del compañero de mi compañero. Espero que te haya gustado, oh lector. O que, por lo menos, sirva para que los rectores de las universidades –así se comporten como camioneros con sus profesores como Riumla– estén muy vigilantes y atentos a los servidores que contratan. La patria requiere de educadores con toda la probidad moral del caso, como por ejemplo, ese ser ejemplar e intachable que es el Procur(a)dios...

## 8

A mi camarada y a mí nos echaron tan pronto Rimula terminó la reunión. Estuvimos “hablando todo el tiempo” se nos informó. Falta grave en los estatutos de la Empresa, todo un irrespeto hacia Rimula, la más alta autoridad académica, así tenga cara y barriga de camionero. Lo que hablábamos tampoco era de “la mayor calidad moral”.  
*¿Cómo lo supieron?* Preguntamos. Reserva del sumario, nos contestaron. Sospechamos que tenían micrófonos, nuestra paranoia nos lo señaló.

-¿Cuándo venimos por el cheque?

-No es necesario, se les consignará en su cuenta de Bancolombia (las cosas no podrían ser peor), se nos ladra.

Salimos cabizbajos. Echándonos mutuamente la culpa como corresponde a un par de pícaros. Salimos literalmente por la puerta de atrás. Es decir, por la portería



para peatones. Porque allá todo el mundo tiene carro. Cada uno cogió caminos opuestos como corresponde a las narraciones del realismo sucio, y que tanto he intentado malamente imitar en mi fracasada vida de escritor. Mi ex camarada cogió tristemente un Circular Coonozca. Tristemente porque su esposa ya estaba en embarazo de su segundo hijo. Estaban buscando la parejita. Lo estaban logrando exitosamente. Lo iban a poner Hilderson David para que fuera una especie de aliteración con el nombre de su padre. Mi camarada, Ederson Duverney. Ya la niña se llamaba Deisy Yuliet. *Está muy grande y muy gorda*, me había informado ese mismo día otro colega como si presintiera el despido. Cosas raras de la vida. Yo, mejor, me fui caminando para pensar mejor las cosas. Para saber qué rumbo cogería mi vida, que sospechaba era ninguno. Además, para tomarme también unas polas cerca de La Empresa como corresponde a los alrededores etílicos de cualquier universidad en Colombia. Me sentía desempleado. Estaba desempleado. Aunque todo tuvo un final feliz. Al menos para Ederson Duverney: poco tiempo después supe que lo habían reenganchado de nuevo en La Empresa. Pero solo a él. Tal vez después de haberlo confesado todo. Bien por él.

## 9

*Como se puede observar, Will-man parece ingresar al mundo laboral con dolor de cabeza. Uno más de los tantos males que padece. Aunque, de nuevo, miente. No es cierto que Will-man haya trabajado como cátedra en lo que él llama la U. de M. (Universidad del Metalizado). Dios quiera que solo sea un jueguito de palabras con esa egregia universidad, la Universidad de Medellín. Porque esta es una de las universidades privadas más prestigiosas de Medellín (ellos relatan que del mundo) y del área metropolitana, incluida la egregia y pujante ciudad de Envigado, la “¡Suiza de Colombia!”, como*

*exclaman orgullosos sus habitantes. Uno de los rasgos de la mencionada universidad es que los desinflados estudiantes que no pasan a la Universidad de Antioquia se ven obligados a pagar en la U. de M. astronómicas matrículas a millones el semestre. Una universidad bastante fuerte en carreras que puedan ofrecer un asegurado mercado laboral y, sobre todo, un sueldo que logre justificar luego esas altas matrículas. “Es una apuesta por el futuro de mi hijo, mejor dicho, es una inversión”, declaran los asfixiados padres de los estudiantes. Es así entonces que carreras como literatura y antropología son cosa ya del pasado. Sus carreras están por el orden de los negocios internacionales, la gerencia, el derecho. Ahí podemos entender una vez más el sentido de alienación y resentimiento social de Will-man quien, como ya lo hemos sospechado, odia con intensidad lo que en el fondo anhela. Su falta de integración tiene que ver con no sentirse parte natural de ese medio al cual aspira pertenecer. Y una persona concreta hacia la cual dirige sus odios, en un claro caso de proyección edípica, es al ex presidente Álvaro Uribe Vélez, actual Senador de la República de Colombia, y uno de los mejor evaluados en la pasada legislatura. Gran prohombre, mejor colombiano, inigualable caballista.*

*Como siempre es bueno entender las razones por las cuales un emprobleado hace lo que hace, el psiquiatra de Will-man me pide que vayamos hacia atrás, que es hacia donde solamente se puede ir. Porque hacia el futuro es casi imposible (por ahora), a no ser que se cuente con una gran imaginación y un enorme don literario. En esa búsqueda arqueológica, intentaremos entender dónde fue que se jodió Will-man. Así como escribiría ese insigne nobel, antes de izquierdas hoy de derechas, antes marxista hoy realista. Tuvo que haber habido un momento, una crisis, una pelea, una pedrada de esas que abundaban en París (Colombia), su barrio. ¿Dónde, dónde? Así que le pedí que hablara, que escribiera. En*

*últimas, que se desahogara. Esto fue lo que nos relató entre lágrimas (de cocodrilo).*

***Sr. Prof. PhD. Dr. Don Wilson Arturo Orozco***

## 10

Mi psiquiatra y el casoso de Wilson Arturo me piden que hable de mí. Habría preferido hacerlo ante un psicoanalista, para así obtener una cierta aura de respetabilidad. Es decir, darle una pátina de intelecto a mi vida. Entiendo que deberé hacer un *flashback* en torno a mi existencia. Porque de alguna manera llegué al caos en el que estoy. Eso no tiene discusión. Veamos cómo se empezó a joder todo. He de proseguir entonces después de haber hablado de mi fracasada fantasía como escritor. De mi derrotada faceta como profesor del verbo *To be*. Empecemos por mis sufridos padres. Sufridos sobre todo por cuenta mía.

Como este relato ha de ser urbano, he de informar que mis papás se conocieron esperando un bus. En esa época no había Facebook, así que las interacciones todavía se hacían *face to face*. Después del cortejo, vino la convivencia. Tuve la mala idea de nacer, en el ya siglo pasado, más concretamente un 3 de noviembre de 19...en la clínica de los pobres, en la conocida Luz Castro de Gutiérrez. Mi mamá pidió permiso donde trabajaba como empleada doméstica (para que yo pudiera nacer) y mi obrero padre se excusó elegantemente para ausentarse ese día de su fábrica, concretamente de Coltejer, “el primer nombre en textiles”. Como fui su primer vástago, bien valía la pena ganarse la malacara del capataz: mi obrero-padre había de abandonar su ruidosa máquina desde el desayuno, empatando con el almuerzo y luego toda la tarde y noche. Es decir, todo el santo día. Por eso fue que un día me dijo, algo alicorado y por ende algo alocado, que desde ahí había empezado yo a dar guerra. Yo, *mi persona* (como dice el ex presidente Uribe), que no soy capaz de escribir una sola línea sarcástica...



**Dibujo hecho por Will-man: no tenía una foto de su padre. Tampoco se atrevió a pedirle una por correo certificado.**

El día en el que tuve la mala idea de emerger en este valle de tacos, mi papá salió a las cinco de la mañana a buscar un taxi para llevar a mi mamá al hospital. Salió armado con cuchillo metido en su pretina, por si lo atracaban. Pero luego fue detenido por la policía en una requisita, confundiéndolo precisamente con un ladrón. Lo iban a meter a la cárcel por lo que ellos entendieron era un arma (lo era), pero él dijo que debía conseguir cualquier medio para transportar a su mujer en mitad de la peligrosa noche. Ella le iba a dar su primogénito. Los policías entendieron sus razones a regañadientes, aunque le quitaron el cuchillo.

-¿Y si me atracan después?, preguntó desafiante mi padre.

-¿Quiere que lo metamos entonces a la cárcel?, preguntaron retóricamente los policías con signos de cansancio y sueño.

Mi papá optó entonces por abandonarlo, porque no era buena idea ir a una jaula precisamente ese día, aunque ya había tenido la oportunidad de frecuentarla, ya que constantemente había sido pillado *in fraganti* jugando a las cartas en vía pública cuando ello era prohibido. De tal manera que mi papá hubo de continuar su camino, solo, sin su pequeña y portátil guillotina, porque tampoco los policías lo acompañaron a coger el taxi. Ya se sabe que a los hombres nunca se les acompaña a ese tipo de cosas, dejándolos siempre a su (mala) suerte. No lo atracaron, todo

un milagro, no por lo menos esa vez, gracias al ineficiente cubrimiento que los ladrones hacían de esa zona en París (Colombia).

Mi papá llegó entonces en el taxi. Metió apuradamente a mi mamá en él. No hablaron, ¿de qué iban a hablar? Observaron el amanecer de Medellín. La gente despertaba. Los buses bajaban por las laderas, llenos de estudiantes y de obreros pobres para hacer más ricos a los ricos. Ese día había partido del Medellín en la noche, así que bien valía la pena una buena espera durante todo el largo día. Algunas señoras vendían por ahí empanadas, jugos de naranja, el periódico. Así que ya se sentía el despertar de toda la bullosa energía de Medellín. Con cada minuto había más luz, luz que luego dio nacimiento a una tibia mañana, para dar finalmente paso a un exasperante calor. Mis papás llegaron al hospital, yo junto con ellos, aunque realmente nací en la siguiente oscura noche. La bohemia siempre ha sido lo mío.

Al siguiente día, la luz del sol y, sobre todo, la de un bombillo me estorbaban. Así que mi papá recortó un cartón para ponérselo a este, con tan mala suerte que luego se cayó y me pegó en la cabeza, sin consecuencias graves, por fortuna. O eso creo. Pero nunca se sabe. En las siguientes noches como que dormí mal. Mejor, como que no quería dormir. De nuevo la bohemia. De manera interesante, he de anotar también que esa misma semana, el Medellín perdió 3-0 de local ante el Cúcuta Deportivo (normal), y, lo más importante, que el señor Presidente de la República, el Doctor Michael Patraña Bombero anunció, desde un exclusivo club social, el combate denodado contra la pobreza extremista (también normal).



(Aquí, Michael Patraña Bombero, muy feliz, el día en que anunció el combate sin descanso contra la pobreza extremista, la misma semana en que nació el autor de estas alocadas líneas. La denodada proclama contra la pobreza fue hecha en la (mal) llamada Atenas Sudamericana (tanto la una como la otra, igual de pobres), en la hidalga Santafé de Bogotá, en una gris y fría tarde -como siempre, con unas calles llenas de huecos. Muy contento estaba el señor Presidente, se puede colegir por esa sonrisa perenne, porque entre cocteles y champán, entre discursos y caviar, el fin de una tal pobreza extremista se estaba decretando. Ese noble rictus, sin embargo, lo conservó de por vida, algo que no ha dejado de despertar una cierta extrañeza desde entonces).

## 11

Y ya que hemos venido hablando de mis bohemios orígenes, es decir, desde cuando no quería dormir ni siquiera siendo un llorón bebé, déjenme, por favor, llevarlos a ese primer aprendizaje que tuvieron todos los genios de la literatura, para hacer que ustedes presencien mis geniales inicios en la academia. Porque si la infancia de los escritores geniales (como yo) está llena de lecturas de libros en inglés, si escriben precozmente completas obras poéticas a los

dieciséis años, pues mi infancia deberá estar poblada de aulas y jaulas, de planos y planas escritas absurdamente sin ningún sentido. De exámenes memorísticos, del *bullying* que me hacían y que, sobre todo, yo hacía. Así que ajustémonos al formato, siempre hay una primera profesora o un primer profesor, depende de si uno es heterosexual u homosexual, o ambas cosas. Mi fijación siempre ha sido la primera, aunque con muchas y desgastantes parafilias, de tal manera que estaba perdidamente enamorado de mi profe de religión, muy sintomática la cosa. En este caso entonces vamos a hablar de amores (no correspondidos), y no de soporíferas academias. Empecemos por decir que mi profe de religión era de eso y de mucho-mucho más. De escritura y de lectura, de sumas y de restas, de multiplicar y de dividir. Porque ya se sabe que mi infancia, como fue pobre pero honrada, no existía eso de las institutrices nabokovianas, ni mucho menos jardines infantiles con más de una profesora.

Mi pobre primera institución académica, y no sé si por eso, llevaba por extraño nombre Pamplinas. Allí, pues, tuve mi primera vinculación edípica con mi profe de religión –y de todo, era mi todo porque mi mamá era muy mala clase y repelente conmigo. Mi profe de todo, pues, era pelilarga, pelinegra y patilarga. Dulce y jovial. *Con una sonrisa que albergaba blancas perlas*. Es que con solo hablar de ella ya me vuelvo un poeta cursi y melodramático, en últimas todo el escritor que quiero ser. Yo ponía todo el empeño en hacer mal las sumas y las restas, y lo que tenía que multiplicar lo dividía como buen politiquero. Así, ella tenía que ir una y otra vez a corregirme y hacerse a mi lado y dejar caer su lacio cabello sobre mis mocosas ñatas, *ese pelo que le olía a lavado y a lavanda*. ¿Sí ven? Es que me vuelvo poético y patético, y para nada retrechero. Así que con mi profe de todo yo fingía no entenderle, difícil no me quedaba, porque es que tampoco le entendía. Entonces así podía multiplicar sus explicaciones, restarle su presencia a mis compañeros, sumar sus tiernos regaños, porque ya no me aguantaba por

lo bruto que era y así, con todo eso, multiplicar mi amor por mi profe de todo.

Mi conflicto edípico se configuró finalmente cuando, en la muy necesaria clase de religión, nos enseñó los diez mandamientos. Lo recuerdo, con su letra pegada, ella pegada al tablero y yo pegado imaginariamente a ella como una lapa:

–A ver niños: el primero es “Amarás a Dios sobre todas las cosas” (te amaré a ti, mi profe de religión, sobre todas las cosas). El segundo: “No tomarás el nombre de Dios en vano” (sí, tu nombre, profe, es muy feo, pero eso para mí cae dentro de lo vano).

Aunque los mandamientos que más me traumatizaban eran aquellos que contenían la parca palabra “NO”. Por eso a veces he pensado que de ahí mi naturaleza decadente y de ahí también mi bukowskiana vena. Mejor, mis patéticas imitaciones del borracho de Los Ángeles. De tal suerte que cuando yo leía, digamos, “No cometerás actos impuros” mi cerebro no leía el “no” sino que leía, como ya habrán imaginado, “COMETERÁS ACTOS IMPUROS”. Bendito Dios, genio desde chiquito yo, ya había descubierto sin darme cuenta los arcanos de la neurolingüística. Pero el mandamiento que más tramado me mantenía era el noveno, el más practicado en el mundo entero, como ya podrán imaginar, y es el de “no DESEARÁS A LA MUJER DE TU PRÓJIMO” que yo vivía en mi paraíso edípico a plenitud.

Pero ese “no”, esa fatídica prohibición apareció un día en lambretta, y ya ahí toda la estantería se me cayó, aparte de otras cosas: ya no era mía, era de otro. Realmente nunca había sido mía, al parecer siempre había sido de otro. Pero esa prohibición solo hizo que la deseara como con rabia, como con mayor intensidad, como en un rapto hipnótico.

Siempre en las tardes la venía a recoger ese mismo tipo, un tipo feo (yo lo veía feo), y a quien por descontado



ella veía divino. Largas patillas, pantalón de terlete y de botacampana, camisa de flores y gafas oscuras, así se presentaba (mal) vestido, él. Ella se montaba en la lambretta con su minifalda de flores y sus zapatos de plataforma, una balaca en su pelo que ya no le olía a lavado ni a lavanda, porque ya era el final de la jornada escolar. Ella partía, quién sabe para dónde –no lo quiero aún hoy saber. Y yo partía hacia donde mi mamá, porque no tenía más destino y además debía hacer las tareas encomendadas por mi profe de todo. No quisiera ahora amargarme el momento, pero de haberlo sabido y de haber sabido que estaba ante unos estrambóticos hipsters, les habría gritado:

–¡Ilusos, impacientes! ¡Ustedes están viviendo en el futuro sin darse cuenta!

Pero, bueno, yo no sabía muchas cosas, y por ende era feliz y aún no documentado.

Pero no importa, profe de religión y de todo, aún en mis sueños te me apareces, sobre todo cuando estoy roncando. Tu feo nombre aún no ha apagado esa llama de amor que siempre ha chambuscado mi corazón azul y rojo. Y déjame repetirte una vez más, por medio de este lapicero que lesiona mis falanges mientras esto escribo:

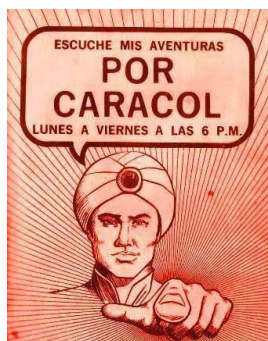
¡Te amo, mi primer amor edípico, AÚN TE SIGO ADORANDO “SEÑORITA” OFELIA!

## 12

Mi educación se completaba por fuera de las jaulas como corresponde a toda persona obstinada en el arte o lo que cree que es arte. Mi mamá me llevaba a cine los domingos por el parque Bolívar. Nos arreglábamos, salíamos en un bus que tenía una cuerda que hacía sonar un timbre para señalar la parada. Vimos el *Mártir del calvario*, *Titanic*, *Chespirito*, *La mochila azul*, etc. Solo éramos la gran pantalla, mi mamá y

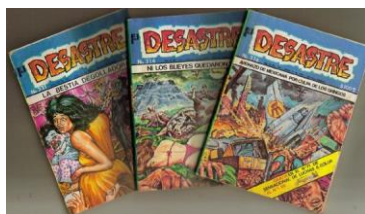
yo, y los gritos de los otros niños. Era como volver al vientre materno (psiquiatra, presta atención). Ahora, décadas después, siento lo mismo. Huir de todos, del sofocante mundo. Sentarme en una silla y simplemente esperar a que me cuenten cualquier historia, así sea pagando.

En las tardes, después de haber hecho planas y planas sin sentido en mi cuaderno, mi mamá prendía la radio. El orden de la programación era el siguiente, todo un ritual: *Solución a su problema*, *Kalimán* y *La ley contra el hampa*. En el primero, muchachas emproblemadas mandaban cartas y ahí dramatizaban sus angustias. Una voz maternal, segura de sí misma, de alguien que fungía de psicóloga, ofrecía guía y asistencia (gratis). Muchos enredos y conflictos: suegras contra nueras, infidelidades, muchachas en embarazo abandonadas por sus novios, etc. Trágica la cosa, y yo quedaba siempre preocupado. Luego seguía *Kaliman*, y yo siempre quedaba alelado con sus aventuras. Al finalizar, una voz cavernosa y miedosa preguntaba siempre demagógicamente si Kaliman se salvaría. Pero, en el siguiente capítulo, este siempre se salía con la suya. Siempre contábamos con su astucia.

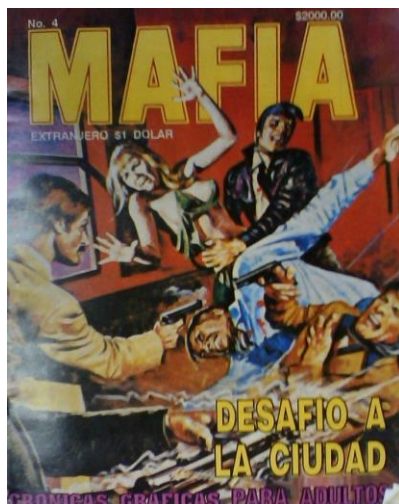


Por último, en *La ley contra el hampa*, siempre había una sirena que anunciaba la llegada de los policías o señalaba la persecución a los ladrones. Más enredos. Esta vez manifestados en robos, secuestros, extorsiones. Es decir, en

la pura realidad colombiana. Sé también que no lo debería decir, sobre todo si quiero armar una carrera a futuro como escritor, pero mis primeras lecturas fueron las de *Condorito*. Las diez revistas que cierta feliz tarde compré, sirvieron como posibilidad de sucesivos intercambios pagando un excedente. Una vez devoradas, debía esperar seis largos días, con anhelo creciente, para renovar mi inventario de chistes. Ya estaba fundamentando mi magnifico sentido del humor, que los envidiosos ven como descaches. Esas ilustradas lecturas se complementaron luego con *El Desastre*.



Sin duda la revista abriéndome los ojos a diversas tragedias y acelerando mi nerviosismo. La otra era *Mafia*.



Con esta continué con mi pasión por el crimen y los bandoleros. Aunque disfrutaba más con la presencia de las novias de los bigotudos mafiosos y su ausencia de camisetas. Mejor aun, la ausencia de sus debidos brasieres. Mejor esas lecturas que una biblioteca plena de libros en inglés. Se los aseguro.

Esas fueron mis edificantes lecturas hasta que ingresé al colegio donde, según el currículo, debía leer *María* de Jorge Isaacs. Como se puede observar, el golpe fue drástico, duro, sin anestesia. Pasamos un largo año sacando personajes principales y secundarios. Lo más útil de este estéril periodo fue que conocí a un nerdo que llevaba al colegio una revista del Círculo de lectores. Yo también me suscribí, pero luego me informaron que ningún vendedor se aventuraba a ir a mi barrio. Pero como soy echado p'adelante (aunque casi siempre termino para atrás), decidí yo mismo ir a comprar los libros. Escogí al azar *Perdido en el Amazonas* de Germán Castro Caycedo y *Papillón*, que me gustó más. En el primero, un pobre hombre se halla encerrado en una cárcel *verde*. En el segundo, otro termina en una cárcel de *verdad*. Qué sagaz soy con mis intentos de aliteraciones.

## 13

Volvamos al momento en que La Empresa tuvo la buena idea (para ella), y muy mala (para mí) de echarme. Es decir, si bien en este disparatado texto he informado que fui despedido de La Empresa con justa causa, eso de todas maneras me dio mucha rabia. Siguieron días de tedio, un tedio superior al experimentado cuando intentaba dictar las clases de inglés. Repartí hojas de vida, pero porque me tocaba. La cosa estaba dura, más de lo imaginado, ya que no conocía a nadie, es decir, no tenía palancas. Pero tenía que demostrarle al mundo que me interesaba encontrar un trabajo.

Llevé una hoja de vida al Centro Colombo Americano. Me informaron que, para ser considerada, debía tomar primero

el Michigan Test. Costaba 150 mil pesos. Presté la plata, lo tomé. Luego, siguió la entrevista de rigor. Me la hizo una cuarentona flaca, enana, pelo corto, con voz de fumadora. Con el mejor acento gringo y con todos sus manierismos: *Oh gosh, as if, oops*. Aunque fueron sus tics lo que más nervioso me puso. Me dijo que mi resultado había sido bajo, tirando a malo. Que mi acento era muy paísa, que tomara con ellos entonces un curso de fonética, *Phonetics I and II*. Cada uno costaba 300 mil pesos. Después de eso, podía tomar de nuevo el examen y, dependiendo del resultado, se estudiaría la posibilidad de que diera clases a niños.

-¿Que si me gustan los niños? Me encantan, mentí.

Si estaba de acuerdo, me podía matricular inmediatamente en los cursos. Podía pagar al día siguiente, si no tenía la plata ahí, en ese cruel momento.

-No, no tengo plata.

Entonces le dije, como se dice en esos casos, que lo iba a pensar. Pero no había nada que pensar. No tenía el acento, ni tampoco la plata.

Después de eso, empecé a llevar hojas de vida a universidades de garaje que era más bien mi *target*. Me transportaba en buses y desde las ventanillas del Circular Coonozca veía, sin ninguna envidia, a mis conciudadanos trabajar por doquier. En esos tantos viajes, ex ladrones, ya convertidos en emprendedores vendedores ambulantes, me quitaban muchos minutos *de mi agradable tiempo*. Me ofrecían chicles, maní, agujas, lapiceros, hebillas y manuales para aprender inglés en quince días. Yo me bajaba y corría presuroso por entre los carros. A veces cogía mejor taxi, creyéndome rico, aunque el remedio era siempre peor que la enfermedad. Me tenía que bajar mareado por las retahílas de sus conductores. Tenía que seguir caminando. En cada esquina me ofrecían un confite, *uno en cien los tres por doscientos*. Para descansar de los vendedores,

entraba a cualquier cafetería, pero allí me ofrecían varillas de incienso, *una en doscientos las tres por quinientos*. Si no las quería comprar, tenía como opción regalarle una moneda al vendedor. Cierta día, en una de esas cafeterías, estudiantes pobres de *la escuela que tarde o temprano usted elegirá* gritaban y reían. A eso le llamaban estudiar. Luego, entraba a cualquier bar, pero jaurías de felices estudiantes del Colombo Americano me impedían de nuevo el constitucional derecho a la paz. Los hombres: yuppies de corbata en pleno sol bananero-tropical. Las mujeres: vestidas todas con trajes comprados en San Diego. Estaban allí para recibir sus clases de inglés. Y con toda esa felicidad colombiana, de nuevo a escapar... aunque a la salida, casi siempre, me ofrecían el cuchillo inoxidable, *tres en cinco mil...vea hermano, yo antes era ladrón, ahora estoy dedicado a la venta, colabóreme, hermano...*

## 14

En otro intento desesperado, le llevé mi hoja de vida a un amigo de mi papá que conoce gente importante para que me dieran trabajo en cualquier cosa. Me saluda, *¿Quiubo hombre, por qué tan perdido?*, pero es detenido por su teléfono inalámbrico que contesta desde una cafetería que le sirve de oficina. En las cafeterías y bares donde los prohombres antioqueños hacen sus negocios y mueven la plata de la ciudad, donde cada mañana llegan a cumplir con el sagrado deber del trabajo, honrado y productivo, donde se hacen contactos y se encuentra uno con *buenos elementos*.

–Quiubo de su papá, hace harto tiempo que no viene por acá, en qué negocios anda, su papá es un berraco, espéreme un momentico...

Contesta su teléfono inalámbrico:

-Aló, sí, aló, no hombre yo ya hablé con él y yo le dije que yo sí estaba de acuerdo, pero si cada peso que salga está garantizado, porque es que a mí sinceramente me da miedo, porque es que usted sabe que los negocios están muy malos, y a uno siempre le da mucha dificultad conseguirse la platica para irla botando así como así, porque es que hay que cuidar los centavitos porque los pesos se cuidan solos. No, si el concepto mío personal de Carlos es muy bueno, sí es muy buen elemento, bueno entonces mándemelo por acá que por aquí hablamos...se vuelve hacia mí y me pregunta:

- ¿Y usted qué está haciendo?

Inmediatamente tengo que buscar la mentira precisa porque no le quiero decir que me quedé sin trabajo, que La Empresa ha decidido “prescindir de mis servicios”, y lo último que quiero es hablar de mis fracasos precisamente con él, que es amigo de mi emprendedor padre. Sigue:

- ¿Y a usted es que no le gusta el negocio?

No me deja responder porque sigue:

-Eh Ave María, con ese papá tan camellador que usted tiene; sí, yo veo que a usted le gusta más como la cultura... bueno y su hermano Freddy, en qué anda, ¿cómo va con el negocito? Ese sí salió como más parecido a su papá, es que yo siempre he creído que ese negocito de las motos es un machetico, eso con harto fundamento le da a uno pa' la papita, porque es que ahora la situación está muy dura, y uno se tiene que mover por cualquier parte; no, es que esa es mucha belleza de negocio. Si yo fui la otra vez con su papá, y a eso no le cabía un alma, es que ese es el fogoncito del negocio de motos, vea usted pues su hermano Freddy como fue de calavera y ahora lo verraquito que es.

Mientras nuestro prohombre antioqueño sigue con su perorata, yo levanto la mirada cansadamente y veo en la televisión con el máximo volumen posible el programa *Muy*

*Masculino* de Teleantioquia, nuestro canal, nuestro orgullo regional donde nos explican cómo se impermeabiliza con poliuretano, cómo se observan las estrellas con un telescopio, cómo se adelgaza con una faja, cómo se hace la inseminación artificial, cómo se hace la vasectomía, cómo se juegan los juegos de rol, cómo se cocina, cómo se pinta, cómo le cambia uno la suspensión completa a un carro, cómo se debe invertir mejor el dinero, cómo se convierte uno en triunfador, cómo se puede leer un libro de 500 páginas en dos horas, cómo se puede construir trapeadoras y escobas....*Una buena forma para ganarse un dinerito extra* dice la presentadora a quien todas las amas de casa que llaman al programa saludan con un *Hola, Olguita*. Porque los paisas somos muy simpáticos, *eso sí pa' qué*, como diría mi prohombre antioqueño, ése que tengo dolorosamente al frente.

## 15

Tres años sabáticos de obligado desempleo me llevaron a (mal)idear el siguiente plan de ataque:

Pagaría a un sabio borgiano, de esos enredados, que parecen profundos y que abundan en mi ciudad, para que escribiera por mí unos cuantos artículos. Ello me daría la opción de ser contratado en una universidad pública (mi nuevo *target*) como profesor ocasional de tiempo completo. La idea, en el fondo, sería luego rodearme de gente querida. Adquirir contactos que ellos creerían entender como *amigos*. Habría de sonreír mucho hasta los límites de llegar a ser por fin uno de los amigotes del decano, y mi meta última sería llegar a ser su principal *colaboralambón*. Porque él sería el encargado de elegir el tribunal (a mi medida) para ser vinculado luego de por vida. Luego, así, se me aprobaría una comisión de estudio doctoral para viajar y lograr así escapar de Medellín a través del aeropuerto de Medellín, el José María Córdova, que queda en el pueblo de Rionegro. Paradojas de la vida.



Ese doctorado sería, pues, mi premio de consolación (y sin idea de investigación) a tanto esfuerzo lambiendo en esta cruel vida. Porque también me di cuenta, tarde ya, de que yo solo tenía la opción de aquellos jóvenes pobres que, *con mucho esfuerzo y dedicación*, ven en la educación la posibilidad de salir adelante, *de ser alguien en la vida*. No había entendido que eso se me había enseñado desde siempre en mi superada ciudad, cuando era más que un Don Nadie, y cuando en todo el sentido de las cinco palabras, *nadie sabía quién era yo*. Con la excusa del doctorado, las múltiples negaciones de la visa múltiple serían ya cosa de mi pasado imperfecto.

Luego, al volver al país más feliz sobre la tierra, Colombia, sería un doctor más en esa tierra de doctores. Así que tomaría tinto todo el día (de por vida), y sería (yo sí) un *perfecto burócrata*. Aunque veía con aprensión que lo que más me agotaría y más trabajo me daría, sería cuando eso de fingir trabajar mucho se tratara.

## 16

He de anunciar desde ya que todo lo anterior se fue dando parcialmente, aunque muy chuecamente, como siempre. Lo primero que me asignaron fue un escritorio. Este me acompañó en mis labores burocráticas pero, sobre todo, en mis (malos) garabateos literarios. Ahora extraño sus rayones –que no hice yo– pero que conocía mejor que a las arrugas de mi mujer. Con ella peleaba y peleaba, y ya solo al arribar a casa, quería devolverme para la oficina o, en el peor de los casos, esperar hasta el siguiente día para reencontrarme con mi dulce cajón que parecía también –y más bien– un macabro ataúd.



Desde ahí veía a toda la flora y fauna de la universidad: al metalero con maleta, a la sexy chancluda, al hipster tropical, al peludo con gabán en pleno medio día. Y desde ahí escuché también toda la discografía del quejumbroso Calamardo, y lloré –no con él, sino por él– dado todo el humo de las sancochadas y natilladas que entusiastas y hambrientos *estudi-hambres*, hacían día de por medio: ser joven da mucho hambre en la vida, parece.

Desde ese mismo escritorio escuchaba también, junto con mi tranquilo compañero de oficina el otro ritual, el de las papas-bomba, un promedio de veinticinco por semana. Aunque lo importante era el conteo de las del día; con la primera, y sin despegar los ojos de la pantalla, decíamos al unísono mi compañero de oficina y yo:

–Ya empezamos otra vez...

Con la segunda nos mirábamos sin decir nada, con la tercera cogíamos los bolsos, con la cuarta nos parábamos dispuestos a esperar la quinta y, en efecto con la quinta, ya estábamos atravesando la puerta esperando felices el desalojo oficial. Así que todo estaba perfectamente sincronizado y matemáticamente determinado en ese bello templo del saber donde, vaya coincidencia, también se enseña matemáticas puras, cuando se puede.

Cuando no había desalojos, quedábame yo hasta tarde escribiendo. Mis enemigos políticos decían que permanecía allí hasta las 9 de la noche, pero solo para tener la excusa

de irme luego a beber a un cercano bar de mala muerte, y razón no les faltaba. Así que en ese acabado escritorio –pero precisamente por acabado, muy encariñado con él escribía y escribía; esperaba y esperaba la hora de irme a beber. Permanecer en esa oficina nocturnamente para escribir gran parte de los cuentos que había titulado como “Gente que necesita que le publiquen” y “El burócrata que se creía perfecto”. En ellos hablaba de un profesor universitario (no era yo), que tiene problemas y placeres con la bebida (tampoco era yo), que encuentra este mundo bello y cruel a la vez, no pudiendo escribir tres líneas sin caer en la primera persona como todo buen vanidoso-narciso-exhibicionista. Al otro día, con dolor de cabeza de ya sabemos qué –pero sobre todo por la cantaleta con la que me despachaba mi mujer– me recibía ese, mi amado escritorio. Viéndolo bien, porque las buenas ideas siempre se le ocurren a uno después, lo que debí haber hecho fue irme a vivir a esa oficina de una buena vez, y contraer nupcias con su otro habitante, mi silencioso compañero de oficina. Aunque eso ya mi mujer me lo había sugerido. Se entiende ya también por qué ella ahora es mi ex.

## 17

Nueve de la mañana, llego tarde a mi trabajo, y debo pasar raudo por uno de los parqueaderos de la universidad. Veo que un motociclista se queja ante un vigilante porque le han robado los espejos de su moto. El vigilante no sabe qué decir. Así los dejo. Me dirijo a mi oficina por un sendero peatonal invadido por esas mismas motos. “Algún día le parquearán una a mi jefe en su propia oficina; solo hay que tener paciencia”, pienso sarcásticamente. Llego a mi oficina, tuve suerte, no me encontré con mi jefe.

Entro, me siento en mi escritorio, saco mi portátil, reviso mi correo. Un tipo ya ha pasado sospechosamente dos veces por el frente de mi oficina. “¿Estará tras mi portátil?”, pienso como buen paranoico. Pero al rato me doy cuenta de

que espera a una de las profesoras de la oficina de al lado. La misma profesora que tuvo que pasarse allí, porque en la anterior la tenían azotada por los continuos robos.

Acabo de llegar, pero ya quiero un tinto: una opción sería comprarle a un tipo que anda ofreciendo el susodicho producto en bicicleta por todos los pasillos de la U. Pero no lo voy a hacer por venganza: ya en el pasado me he visto casi atropellado por él. Así que voy a una burbuja (¿será la misma que han atracado en el pasado?) y pido un capuchino. Su precio me parece ridículamente alto. Habría sido mejor comprarle esa agua sucia al tipo de la bicicleta.

Es mitad de la mañana y ningún ladrón me ha solicitado mi portátil. Pero entra una señora muy sonriente a ofrecerme pan en venta. Hay de todos los sabores y colores: integral, con queso y con pasas. Pero nunca le compro. Aunque ella no pierde la esperanza. Tampoco el que insistentemente me ofrece películas en DVD, ni la que me ha ofrecido su propio libro de poemas. Siempre se sorprende al saber que soy profesor y que no aprecio la poesía. O su poesía. No sé.

Hora del almuerzo y hora de salir escapando de mi madriguera como buen burócrata. No puedo olvidar que es mejor dejar bajo llave mi portátil. La profesora de al lado me ha dicho que la hora del medio día es la favorita de los ladrones que se le llevaron los computadores de su anterior oficina. Así que lo encierro celosamente, cierro la chapa de la puerta con doble seguridad, solo resta echarme la bendición.

Salgo de la universidad. Un policía antidisturbios se para desafiante en una de las puertas de ingreso. Si los encapuchados son provocadores, los policías no se quedan atrás. Pura guerra de nervios.

Almuerzo al frente. Desde ahí puedo observar la portería que se va llenando poco a poco y sospechosamente de estudiantes. "Es muy mala mi suerte", pienso. La razón:

la cosa se va a prender y no voy a poder entrar por mi portátil. Los estudiantes paran intermitentemente los carros y gritan consignas: tal vez en contra del bicentenario o porque no son terroristas o en contra los torniquetes de las porterías; vaya uno a saber qué protesta tocaba hoy. Ya los policías están cumpliendo cansadamente con su rutina: desvían los carros y el despelote se aminora. Claro que a la vez cae un tremendo aguacero y los estudiantes deben posponer su protesta. Yo me trago el almuerzo y entro antes de que quede atrapado en medio de las piedras y los gases cruzados del binomio estudiantes-policías. Todo por si las moscas. Llego a mi oficina. Me reencuentro felizmente con mi portátil. No le ha pasado nada. Por ahora.

Voy a clase. “¡PUM!-¡PUM!-¡PUM!” , suenan las bombas. La película que ven mis estudiantes es suspendida por las arengas de un encapuchado. Salimos del salón y lo vemos de cuerpo entero, el momento es casi surreal. Hemos sido sacados de la alienación de una película y asistimos a una improvisada “clase” dictada por el encapuchado sobre la farsa del bicentenario, la natural resistencia a su celebración, invitándonos a continuar el tropel en la portería.

La clase se suspende y tal vez ya todo se suspende. Así que me voy para mi oficina a esperar pacientemente la orden de evacuación. Esta se demora, pero por fin llega. Empiezo de nuevo todo el ritual: portátil a la maleta junto con los exámenes para calificar. Un compañero de oficina se ofrece a llevarme en su carro para sacarme de ese campo de batalla. Pero para colmo de sus males, su carro está parqueado precisamente al lado de la portería. Debemos pasar agachados esquivando los gases de los unos y las piedras de los otros. Mis ojos lloran por el gas y mi compañero llora por su carro; pero al tropel social poco le importan nuestras lágrimas pequeño burguesas.

Tiempo después, otro día, otra preocupación. Pero siguen las mismas lágrimas. Esta vez por el humo debido a

la cocción de un sancocho al frente de mi oficina. Sancocho amenizado por la música de Calamaro. Aunque hay una sospechosa calma, que siempre guarda alguna sorpresa. Recibo otra orden de evacuación. La razón: "tienen secuestrado al Rector". Esa agitación social no me tocaba desde que vi una película sobre los bolcheviques en la Rusia de 1917.

Me dirijo al metro porque el carro de mi compañero de oficina ya no es traído a este campo de batalla. A esta "olla" como habría dicho cualquier político antioqueño. Y como buen metido, aprovecho para observar este histórico momento: un estudiante, parado en la fuente y en pose de mayo del 68, arenga a los estudiantes para que se unan a los que están en el bloque administrativo. Deben hacerlo porque cuando entren los "tombos", estos no van a reconocer si son de izquierda, de derecha o de centro. "Ni si son estudiantes o profesores", pienso en un arrebatado de lucidez y paranoia. Así que es mejor que vaya avanzando hacia el aséptico metro. Aunque no aguanto las ganas de ver en vivo y en directo el tal secuestro del rector en el bloque administrativo. Allí todo es un hervidero humano atizado sobre todo por la presencia de ¡la policía! Tantas ganas de ingresar a la universidad, y ahí están de cuerpo entero. En ese preciso momento, la orden es dada y empieza la dispersión con gases lacrimógenos (más lágrimas) y ahí sí debo cumplir con la evacuación y la búsqueda de mi ansiado metro... "Calidad de vida".

Después de lo anterior, hay un nuevo cierre de la universidad y los profesores somos convocados por el rector a una reunión. Ahí está él, al frente, y todo el consejo académico lo acompaña. Todo es muy crístico: Jesús y sus discípulos como si estuvieran en la Última Cena. El rector tiene aire compungido. Dice que "se siente muy solo en todo esto" (Cristo de nuevo), alguien lee el comunicado de todos ellos. Al final nos hacen una pregunta más que retórica, ya que lleva incorporada la respuesta: "¿qué

universidad queremos: la del tropel, ventas e inseguridad o la del estudio y la cultura?" No respondemos. Muy compleja la pregunta.

Así que ahora tenemos una universidad sin humanos. Solo uno que otro burócrata camina por un pasillo solitario. Lo único que hace bulla ya, son los televisores. Parece una imagen sacada de una película de ciencia ficción: después de la bomba súper inteligente, solo quedan funcionando los televisores. Dos o tres burócratas están alelados y con la boca abierta frente a uno de los televisores, que muestra a un populista presidente del Ecuador. Habla desde un balcón ante una multitud. De pronto, se manda la mano al nudo de la corbata, se lo deshace y grita como un energúmeno:

-Si me quieren matar, que me maten.

Los días que siguen se parecen a una universidad que lleva mil años sin humanos. Hay un aire de funeral. El tiempo rinde, rinde demasiado. Casi de manera asfixiante. Y el silencio nos acompaña todo el día. Aunque tanto silencio abruma. Pero dicen que también purifica.

## 18

Se reabre la universidad de nuevo. El siguiente suceso –sin sesos– tiene que ver con que a un profesor le han puesto unas medallitas de San Benito en su escritorio. Él interpreta históricamente el evento como un maleficio en su contra. Preocupado por la irracionalidad de mi lugar de trabajo, decidí ir adonde un brujo-amigo, quien se rebusca la vida por el centro. *Hay que atacar a la irracionalidad con sus mismas armas*, me dije. También porque resulta más barato que pagarle a un detective privado. Pura racionalidad económica, dicen. El objetivo lo tenía claro: dar con el responsable de las tales medallitas de San Benito. Con ese responsable desesperado, porque ¿cómo se deshace uno de un burócrata vinculado de por vida?

Cuando lo terrenal no sirve, bien vale la pena recurrir al más allá.

Mi amigo, de corbata y cara de indígena, se sienta y me hace sentar. Me hace además extender las manos y cerrar los ojos, y, a través de un trance hipnótico (al modo del primer Freud), me dice que con la plata que tengo hoy, no me puede dar el nombre del responsable. A lo sumo, me puede hacer ver el futuro y las estrategias que se van a idear en mi facultad para combatir el mal que se cierne sobre nosotros. Y, como diría Borges con su aleph, esto fue lo que vi en dicho trance:

Se manda un correo con media hora de anticipación en el cual se invita a que los diferentes estamentos de la facultad nos reunamos para que hagamos propuestas para sacarnos las fuerzas del mal, y, ojalá, dar con el profesor descarriado y maldadoso.

Todos estamos reunidos en un salón que hierve, hay una tensa calma latente. Los grupos están claramente definidos. El consejo de facultad en un bando: el decano juiciosamente toma nota en su agenda, la vicedecana lo imita, la secretaria hace dibujitos. El decano parsimoniosamente abre la sesión:

-En reunión de Consejo Académico de esta semana, el rector me ha expresado que está profundamente preocupado por los niveles de irracionalidad de esta facultad. Que él, a pesar de sus campañas reeleccionistas como todo Uribe que se respete, nos acompaña en esta difícil situación. Ahora, los invito a que, por favor, de una manera ordenada, planteen las diferentes soluciones a este caliente clima de irracionalidad.

Decano y vicedecana se aprestan a tomar nota. La secretaria sigue haciendo dibujitos.

Todos estamos tímidos. No es para menos. Es dura la tarea. Nuestras armas son las pobres armas de la



racionalidad, y lo que tenemos es lo que tenemos y nadie da de lo que no tiene y todo lo que sube baja, etc.

La vice, rompiendo el hielo, dice que ella propone pasar por todas las oficinas declamando la frase que tiene como descansador en la pantalla de su computador, la tautológica: *yo soy yo, yo soy en mí*. Porque si nosotros somos nosotros, ¿quién podrá contra nosotros? Después de eso, propone hacer una sesión colectiva de yoga. Porque nada mejor contra el mal de ojo que relajarse y hacerse el loco, es decir, hacerse el dormido.

Un habermasiano, que siempre habla de último, ese día le da por hablar entre los primeros (¿estará maquinando irse temprano de la reunión?), y plantea que para un clima de irracionalidad (“la Universidad es el Santuario de la Racionalidad”, señala enfáticamente) nada mejor que una racionalidad pura y dura. Para ello entonces propone que vayamos por todos los puestos de trabajo leyendo párrafos enteros de *La teoría de la acción comunicativa* de Jurgen Habermas. Yo digo que muy bien. Que con eso era que yo me dormía en mis clases de filosofía; pero que hay que amarrar al habermasiano de la pata de alguna silla, porque es muy capaz de esfumarse esotéricamente de las sesiones. Él se ríe, el muy picarón.

A una postmoderna se le ocurre que podríamos traducir un texto de un filósofo francés, por supuesto postmoderno, titulado “La pensée magique et irrationnelle à les républiques bananières”. Eso sí, siempre y cuando se pueda incluir como producto de su grupo de investigación y ser leído solo a través de su revista. Al decano le parece magnífica la idea, así que toma nota. La vice lo imita. La secre sigue haciendo dibujitos.

Otra profe propone que se pueden hacer, por ejemplo, rondas informativas en forma aleatoria por todas las oficinas para ilustrarnos sobre lo que es *critical thinking* a

ver si así logramos convertir al irracional de turno a la fe de la razón. Todos asienten con entusiasmo. Uno de ellos, el más entusiasta de todos y con una encantadora candidez, propone hacer un boletín especial sobre las nefastas consecuencias de poner, por ejemplo, una medallita de San Benito en el escritorio equivocado. *Claro, qué peligro*, pensamos. Él se ríe ruidosamente al final. Y todos con él.

Como ya van tres propuestas profesoriales, y para que nadie quede bravo, entonces se le asigna la palabra a “los de la administración”. Un burócrata, desde la clandestinidad de su casa y a través de Skype, nos pregunta que si hemos logrado sobrevivir sin la Coordinación de Bienestarina, ya que fue suspendido por su propensión al alcohol. Algunos dicen que sí, otros no sabían que nos habíamos quedado sin dicho burócrata, otros no sabían que esa coordinación existía. El burócrata concluye que, si no se hubiera tenido que ir, lo de las medallitas no habría pasado. *¿Maldición sobre la facultad?*, nos hace inferir.

Ya agotados, y con ganas de terminar la reunión e irnos a chismosear, el decano lee de nuevo las propuestas y dice que de parte de la decanatura se propone una misa por el alma de esa oveja descarriada que pone medallitas. Él mira a la vice y a la secre, buscando su aprobación. Ambas, por supuesto, están de acuerdo.

Y en medio de ese trance provocado por mi amigo el hechicero, pienso que es una lástima que una de las vacas sagradas no haya asistido. O estaba de turismo académico o en alguna lucha encarnizada por exigir puntos salariales. Y hubiera sido la más apropiada para iluminarnos en torno a las oscuras fuerzas de lo esotérico. En un comité, estos oídos que ojalá sean consumidos en una cremación, le oyeron decir el dicho popular, es decir, nada original, que reza:

-Las brujas no existen, pero que las hay-las hay.

## SEGUNDA PARTE

### DE CÓMO UN TERCERMUNDANO ENLOQUECE EN EL INTENTO DE ESTUDIAR UN DOCTORADO

#### 1

Encontré por fin un doctorado en la civilizada Europa. Lo logré después de mentir mucho, de exagerar y de engordar mi hoja de vida. Ya saben ustedes que, como fui un *niño humilde*, procedente y víctima de una pobreza extremista, aquella que no se le desea a nadie, debí dedicarme al rebusque educacional para salir adelante. *Salir adelante* quería decir *emigrar cuanto antes del país*. Y si bien logré salir de Colombia, no logré salir, sin embargo, de mi tendencia a rebuscarme múltiples problemas. Los invito a llorar conmigo.

Llegué a Madrid-España, la ciudad de Francisco Franco, la tomada y gobernada con mano de hierro, y con fierro al cinto durante cuarenta largos años. Capital del Reino, La Conventual, La Villa y Corte como vanidosamente la llaman. Una ciudad habitada por bulliciosos y parlanchines pero, sobre todo, por unos habitantes que son una *pasada* y para nada una *putada*; es decir, *molán mucho* porque todos

*pasan siempre de puta madre.* Como se puede colegir, con dos días allí, ya hablaba como un madrileño más; mejor dicho, como uno más de sus neo-colonizados porque, para aprender a hablar como los madrileños, solo se necesita escuchar a los colombianos cuando abren la boca. Lo extraño es que nunca he visto que a un colombiano se le pegue el hablado de un boliviano, pero esa es otra cuestión. No solamente he escuchado hablar a los colombianos como si fueran orgullosos españoles, sino que he escuchado – como quien no quiere la cosa – a ocupados madrileños en sus bares mientras se zampan un grasoso jamón junto con una espumosa *caña*. Por ello, pues, puedo concluir que básicamente, y por orden de gravedad, todos se cagan en:

- a. Tu (puta) madre.
- b. La leche
- c. La hostia
- d. Dios

Siendo la (*puta*) madre y la leche (*¿materna?*) una clara fijación edípica y mariano (Rajoy). A la vez, la *hostia* y *Dios* una clara isotopía de rebeldía anti-paternal. Y ya que hablamos de cosas familiares, he de informar también que hasta ahora no he visto un solo bebé. Muchos perros, sí. Gente inteligente, pues, esta que prefiere esclavizarse a dichos cuadrúpedos, y que resultan siempre más agradecidos que los humanoides. Aunque, desafortunadamente por ello, sus calles están llenas de popós de perro. Además de escupitajos producidos por cuatro de cada tres españoles. Sus bares se mantienen además inundados de servilletas y de mugre. Estos, además, plenos siempre a rebosar, y que incluyen, no a esos langaruticos rapados de Medellín, sino a hombres esbeltos, musculosos, barbados, varoniles, de mirada seria y penetrante aunque, al parecer, todos maricas. Lástima, qué desperdicio, dirán algunas (y algunos) por no

haber tenido la suerte de estar allá para contemplarlos. A propósito, los más parecidos a estos bellos ejemplares, son los policías, en la calle. Un cuerpo de vigilancia y control que, al no estar obligados a esquivar pipetas ni burros-bomba, han de dedicarse tranquilamente a largas horas de gimnasio y de espejo. *Toda una pasada.*

Por otra parte, la llegada a Madrid no fue fácil, sobre todo procediendo de Bogotá, porque hube de hacer tránsito allá. Debí ir en bus desde Medellín para ahorrar plata. En la terminal de buses de Bogotá, me sentí atracado. De hecho, me atracaron. Pero seguí mi camino como correspondía, y, en el transcurrir del tiempo y de la distancia con mis pesadas maletas, recibí docenas de volantes. Transcribo uno aquí, a modo de ejemplo, para hacer de este relato algo más real, en otras palabras, algo más cómico-folclórico:

**CONSEJERO SOCIAL**

**PARASICÓLOGO**

***Pida ya una consulta conmigo***

***Convéznase que la solución de sus problemas  
está en mis manos y conocimientos***

**SOLUCIÓN EFECTIVA Y GARANTIZADA**

***Suerte-salud-salamientos-envidias-hechizos-malos  
negocios y vecinos-viajes-impotencias, etc.***

***Garantizado en tres días el regreso de su ser amado  
en donde esté y con quien esté.***

**CONSÚLTEME ¡YA! PROFESOR MARCOS**

***Edificio Seguros Bolívar Cra. 49 No. 49-73 Of. 503***

O este otro que recibí justo diez pasos más adelante:

**Agencia de acompañantes****Marca 512 27 XX****Tenemos lindas chicas, bonito porte y figura, universitarias, modelos profesionales entre 18 y 24 años para caballeros profesionales, ejecutivos y servicio de parejas y damas. Atendemos en hoteles, moteles y residencias de lujo.****Hacemos realidad tus fantasías sexuales...**

Eso me enseñó (primera enseñanza después de salir de mi encerrada villa) que en este mundo todo el mundo está en plan de rebusque como yo. *Así que debía seguir avanzando entonces en mi vida*, pensé, y, sobre todo, *seguir avanzando para no perder el vuelo y llegar a la avanzada España*.

Cuando llegué por fin al aeropuerto después de tres horas de tacos monumentales, quedé con la impresión que los millones de habitantes de esa fría ciudad, tienen carro y si no lo tienen, aspiran a poseerlo cuanto antes. El aeropuerto también me dio la impresión de ser una terminal de buses un poco más sofisticada, aunque solo un poco. Los ubicuos tacos me dieron hambre, así que me comí en el aeropuerto dos papás rellenas con mucho ají. Tal vez serían las últimas que comería en muchos años, pensé. Y, por qué no, en la vida. Nunca se sabe.

Al ingresar a emigración, y como los policías creyeron automáticamente que era una mula, revolcaron mi ropa, chuzaron mis zapatos en busca del famoso polvo. Llegaron incluso a tomarme una radiografía, pero, como se sabe, solo hallaron en mi estómago un relleno de papás rellenas. Con todo eso, me pareció un bello gesto de gran solidaridad y humanidad para con los colombianos, eso de evitar que el mágico polvo estallara en pleno vuelo en nuestras barrigas. De evitar así también que los españoles acabaran con sus vidas, cuando ese blanco polvo intentara entrar en sus

narices en el momento de ambientar sus *marchas*.

Por otra parte, vi por todo el aeropuerto de Bacatá a muchas señoras vestidas elegantemente. Con vestidos y tacones para un viaje de doce horas, lo que me pareció extraño, pero mi sagacidad sociológica luego me hizo deducir que entre menos viaja la gente, más se arregla para viajar. Plausible hipótesis, y como pueden ver, ya se me notaba un cierto espíritu investigativo, como si ya estuviera posando de doctorando. Otro dato curioso también en mi primer viaje en avión: precisamente esas señoras elegantes, apenas despegado el avión, se pararon al baño tal vez a maquillarse, siendo reprendidas duramente por parte de las azafatas españolas a través de los altavoces del avión. Por lo ronco de sus voces, llegué a pensar que realmente eran hombres. En todo caso, no entendí la urgencia de esas señoras para ir al baño: de si lo hacían por la incontinencia de siempre o simplemente por el mero hecho de ser colombianas. Pero, una vez permitido el desajuste de los cinturones de seguridad, todos los colombianos sin distinción de sexo, se pararon para el baño. Y una vez regresados a sus puestos, esperaban ansiosamente la comida. Para mitigar dicha ansiedad, la aerolínea tuvo el buen tino de, primero, atiborrarnos con películas que, yo esperaba fueran de “cine arte”. Ello por ser proyectadas en un avión, es decir, en un medio de transporte donde viajaba gente rica, creía yo. Mi decepción fue mayúscula porque resultaron ser las mismas películas que vi en el bus entre Medellín y Bacatá. Otra conclusión sociológica: los pobres y los ricos en Colombia no se diferencian gran cosa. Únicamente en el nivel donde están más propensos a decir: “Usted no sabe quién soy yo”.

Para continuar con el temazo de las películas, estas a su vez también eran las mismas que programan en “Caracol, más lejos de ti”, tendientes a embrutecer al ya embrutecido pueblo colombiano y como corresponde a todo canal que es propiedad de los mismos capitalistas que poseen los medios de producción. En una de esas pelis, unos tipos cuajos se la pasaron las dos horas encartados cuidando a un bebé, aunque lo raro es que no parecían maricas. En otra,



una niña a pesar de sus doscientos kilos, logra alcanzar su sueño. No recuerdo qué sueño, ya que yo en realidad tenía mucho sueño, pero creo que el suyo consistía en ser porrista, como corresponde a algunas descerebradas adolescentes. Había mucho ejercicio y dietas de por medio, y el único oponente de ese relato, era el de refrenar sus irrefrenables ansias de comer. Pero hacia el final, y como corresponde a todo relato hollywoodense, la gordita con gafas se convirtió en bella adolescente. Los que le hacían *bullying* luego sintieron envidia, y creo que todas las porristas brincaron por los aires mientras hacían una práctica de porrismo, con una última imagen congelada y atardecer en segundo plano de por medio. Muy bien hecha esa película. Creo que ya la había visto una vez en Teleantioquia, ahora que lo pienso mejor, cierta tarde fría y lluviosa, día de fiesta cuando no tenía nada que hacer, porque carecía, sobre todo, de plata.

Finalizadas por fin las películas, hubo un anuncio de la llegada al aeropuerto de Barajas. Fue un aterrizaje perfecto, la gente aplaudió. Lo malo a la llegada fue que tuve que explicar durante hora y media los propósitos de mi viaje, mostrar las reservas de hotel falsas, también el tiquete de regreso que no planeaba utilizar, más mil euros, junto con el seguro médico y diversas cartas de invitación y recomendación. Más otras cartas que les traje a unas tías que llegaron hace como veinte años antes que yo a lavar platos. Esa hora y media hora en inmigración luego se aumentó a tres horas en la aduana: lo que los policías habían revolcado en Bogotá, los de España a su vez, en su correspondiente revolcada, terminaron arreglando. Solo me decomisaron unos tamales, una arepa harina que mi mamá le mandó a mis tías y unos bocadillos que mi mamá tan dulcemente me había empacado. Me sentí un poco mal al ver cómo esa agente del orden, con guantes, desordenadamente tiraban despectivamente los bocadillitos del Caribe, *los de toda la vida*, y que mi dulce madre me había empacado con tanto amor en una bolsa del Éxito. Problema no puse, aunque ganas no me faltaron por ser un buen macho antioqueño y

para quien la sagrada madre lo es todo. De resto, todo muy bonito. Ese sí es un aeropuerto. No como los aeropuertos de Colombia que compiten con las terminales de buses...

## 2

Hora del almuerzo en la universidad. Se sienta al frente mío un español. No me quito los audífonos para no tener que hablar. De todas maneras, me pregunta algo, no sé qué... tal vez lo que yo comía. Y luego, otra vez: que de dónde soy.

-¿Facultad o país?

-Ambas, responde con aparente interés.

El mismo rollo de siempre. Chibchombiano, hago un doctorado en la Pompeu Fabra de Barcelona, pero estoy aquí en Madrid bla-bla-bla...sí, sí, me gusta mucho Madrid. ¿Que cuál me gusta más? "Difícil pregunta", siempre digo para quedar bien, pero solo por eso. Cada una es muy distinta, así que las dos son buenas a su manera, digo. Soy un lambón y un mentiroso porque también en cada una he dicho que me gusta más la que me toca decir. Y otra vez vuelve el bendito tema de la independencia catalana. Mi contertulio come, habla y sigue:

-Es que los catalanes parecen de otro país, de España no son. Ellos están solos por allá. Es el único...

Y aquí no recuerdo si dijo el único "pueblo", "país" o "comunidad", y todo ello por supuesto tiene su implicación. El caso es que dice que los catalanes son los únicos que han declarado pública y oficialmente que les cae mal el pueblo español. Mientras tanto habla y habla, mastica y habla, come y habla. Traga todas las cosas que lo van a matar (que nos van a matar) a largo y mediano plazo: carne que (también) produce cáncer, sal que es malísima para la presión, grasas saturadas buenísimas para el colesterol, ensalada hecha

con hortalizas repletas de pesticidas...y en un momento en el que traga –y por ende no habla– yo aprovecho para preguntar (porque el silencio de cinco segundos ya se hace insoportable):

– ¿Y hay racismo en España?

Él se queda pensativo, lo que suma otros cinco segundos más a ese necesario, aunque desesperante silencio, y a su vez me pregunta inteligentemente:

– ¿Racismo hacia quién?

Lo que señala, como en el famoso lugar común de Orwell, eso de que todos somos iguales, pero que hay unos más iguales que otros. Yo utilizo el lenguaje del enemigo y le disparo:

–Sudacas...como yo.

Repasa mentalmente como si estuviera buscando en un archivador, hace un gesto de desconcierto y dispara:

–Vosotros no existís, pasáis de largo, es que ni os ven.

Cosa que, por supuesto, me alegra, me alivia porque no hay nada peor que cuando se enamoran de uno. Las razones que da, y que hace que a los pobres moros se las tengan velada, son esas características que nos une al flamante Reino de España, rasgos culturales metidos con sangre, sudor y lágrimas y de eso sí que han sabido los evangelizadores de antes y de ahora:

–Un mismo idioma y una misma religión...

Luego pasa al debate de siempre: que los españoles no son ni fueron ladrones (yo no lo he dicho, no lo he acusado de nada, él se defiende solito); que el español medio es bastante ignorante y que no pasa más allá de los *realities*; que finalmente el único sudaca malo es el que quiera competir con el español. Sabias palabras.

Nos despedimos. Él sale a no sé dónde y yo a sumarme a la masa callada y sumisa de sudacas en el metro que van a limpiar, cocinar, conducir, atender mesas, traficar con drogas, vender su cuerpo, barrer, construir, pintar (paredes), ...y a estudiar. Filipichines como yo.

### 3

Si no duermo por lo menos ocho horas, al siguiente día estoy como un zombi, mareado, con dolor de cabeza y dolor de patria. Afortunadamente ya le cogí el tiro a la cosa: duermo mis ocho horas gracias al vino. Aunque, no sé muy bien, si es *una copa de vino* o *una botella de vino*. Yo, por si las moscas, mejor me tomo la botella, igualmente son muy baratas, hay que aprovechar...así que eso es lo último que hago en el día, después de estudiar en la tesis del doctorado. Voy adonde los chinos, pero busco, no una botella, sino una *caja de vino*, y como casi nunca la encuentro, pregunto:

-¿Dónde están “las cajas” de vino?

Ellos me miran, yo los miro, ellos me miran, yo los miro, hasta que hago el gesto de encuadre cinematográfico –como un cuadrado–, y ellos en su mente mezclan la palabra “vino” con algo parecido a una caja de cartón y exclaman:

-¡Ah!, ¿vino de *cartón*?!

Algunos, no sobra decirlo, me hacen sentir medio abobado. Los entiendo.

Por otra parte, si me vieran desde Colombia, creerían que paso muy bueno, muy *guay* como decimos los colombianos en el Reino de España. Pero no. Y esto es una confesión al estilo Facebook: bebo, no para desenamorarme, sino para dormir. Todo el día pienso: *hoy no me voy a dormir, hoy no me voy a dormir, hoy no me voy a dormir*, y hacia el final es cuando viene “la caja de vino” salvadora...es de tenerme mucho pesar...

El problema es que entonces duermo las ocho horas, pero me despierto medio enguayabado. Hago entonces un café, me tomo un Ibuprofeno, quedo de pelea, sobre todo en Facebook. Leo tres periódicos, por eso es que me mantengo de tan buen genio todo el día. Pero tienen que ser tres y en el mismo orden; no es que sea maniático: *El País* (del Reino de España), *El Espectador*, *El Colombiano*. ¿Si ven? De lo global a lo local. Aunque realmente es como ir de lo relativamente bueno a lo absolutamente malo. Pero ¿cómo perderme los atracos, los tacos, los fleteros, los parrilleros, las columnas que defienden a tinta y espada a Uribe, el mejor presidente que ha dado Colombia, duélame a quien me duela? Después, consulto el Face. Luego, me baño con agua cada vez más fría y pienso en decirle a las otras dos mujeres con las que vivo que hay que empezar a poner la tina, pero me digo que, si ellas aún siguen aguantando el agua fría, no va a ser precisamente este macho alfa (por lo menos en el disfraz) el que vaya a hacer la sugerencia casera. Así que pongo el chorro potente de agua fría en la cabeza, porque también es bueno para el guayabo. Créanme, yo sé de eso.

Hoy, después de arreglarme, caminé diez minutos hasta la parada del bus. Aunque ya toda la fuerza laboral de España estaba consumiéndose en sus trabajos y en sus oficinas. Lo único que encontraba era a viejitos en esa cada vez más avejentada España. Llegué a la parada del bus número 606, me senté al lado de una viejita. Parecía española, porque si es blanca y está en España, es española, pensé. No hay de otra, pero vaya estereotipo. Aunque comía algo parecido a una cocada, a pesar de estar en el Reino de España, así que no podía ser una cocada, pero es para que me entiendan. En algún momento, no sé qué fue lo que me dijo o qué fue lo que le dije (el bus, el clima: solo pueden ser esos los únicos temas) y ella, al abrir la boca, inmediatamente me trajo recuerdos de mi atormentado tierrero. Es algo que he notado: puedo identificar un acento colombiano a kilómetros. Le pregunté entonces a la viejita que si era colombiana. Me dijo que sí, que de Pereira. No recuerdo por

qué empezó a decirme que la cosa estaba dura, que ya no había trabajo en España. Yo le digo que mucha gente se ha devuelto, ella está de acuerdo conmigo. Pero si bien mucha gente se ha devuelto para Colombia, una vez allá se han devuelto otra vez para España porque en Colombia la cosa está peor. Le pregunté que cada cuánto iba a Colombia, me respondió que ya muy poco porque hay que tener con qué, y además porque:

-La gente cree que uno aquí está tapado en la plata, y esperan son los regalos cuando uno va. El uno es que ayúdame pa' esto, el otro que para la cuota del apartamento, el otro que se quiere comprar una moto... Entonces no, mejor no. Y si uno no va, son diciendo: "já, ¿pero por qué está mandando tan poquita plata?"

La conversación logra, no sé por qué, que el bus llegue más rápidamente.

## 4

Mientras camino, solo encuentro ancianos paseando a sus perros. O mejor, a los perros paseando a sus ancianos. Nerviosos, ladrando, persiguiendo a otros perros y los ancianos chillando detrás:

-¡COMINO! ¡Ven acá, que te lo digo!

Allá veo a una pareja de ancianos que están alegando. Me acerco cauteloso como si estuviera midiendo la presión atmosférica y escucho que ella le dice a él:

-Deja que pasen unos añitos y sabrás que ya no te enteras de nada...

Misteriosa frase dicha con rabia, pero allá siguen paseándose el uno al otro a falta de un nervioso perro.

Sigo despistado, y con ganas de hacer una digna Parodya para hacerme el chistoso en el Face, cuando escucho la siguiente conversación, o, más bien, la perentoria orden que una tórtola le lanzaba a su tortolito.

Describiré primero a nuestros dos chicuelos de tiernos 19 añitos. Él, (des)peinado de hipster, gafas de hipster, barba de hipster, mejor dicho, un hipster. Tan arreglado, como si uno estuviera frente a Sergio Ramos, que es todo un hipster de Sevilla, es decir, como si fuera todo un hipster de Guarne. Ella, pelo largo y negro, cigarro en mano, botas y parado desafiantes. Toda una clásica mujer fatal con Instagram. El joven salió raudo porque discutían, él estaba en todo su derecho porque cuando una pelea no se puede ganar por las buenas, es mejor hacerse el indignado y buscar otros lares; es decir, mucho mejor meterse a todos los bares. Y ella, al ver esto, díjole que...

-COMO TE VAYAS, SE ACABA ESTO, EH, ¡TE LO DIGO!

Nuestro pobre muchacho, todavía no acostumbrado a las amenazas de una mujer, o como mucho, solo habituado a las coacciones de su mamá, paró en seco, pudiendo caminar solo diez metros que fueron exactamente las mismas diez palabras que esta fatalista pronunció. Nuestro hipster de Sevilla se devolvió en franca derrota. Con seguridad, envejecerán juntos.

## 5

Otra mujer. Lo último que vi de aquella chicuela fue cuando me hizo la santa señal de, "Fuck you!". El tren del metro madrileño arrancando, ella adentro, yo afuera, es decir, yo, a salvo. Su cariñito verbal fue una redundancia, ya que en su pecho llevaba también dicha leyenda, FUCK YOU, y le cabía toda, porque grande era ella, sobre todo sus pechos, raro en una feminista.

La primera vez en verla fue cuando pasó al lado mío. Ambos estábamos en el mismo vagón para mi mala suerte. Me empujó al pasar porque corría como alma endemoniada. Era un demonio. Pensé que era una lunática de esas de la calle del Cartucho, hasta que me di cuenta de que era una orgullosa punketa. Alcanzó una barra vertical, se quitó la camiseta, y empezó a volear sus pechos, y a hacer una especie de *striptease*, gritando:

-¡Soy una feminazi, soy una feminazi, soy una feminazi!

Y así, en lo sucesivo, muchas veces, hasta que nos quedó más que claro lo que era. Además, lo que sí aprendí esa loca noche fue que los pobres sonsos que intentan ofender a las feministas diciéndoles *feminazis*, pierden miserablemente su tiempo, ya que no hay mejor estrategia para desinflar un insulto que ser utilizado sarcásticamente por el presunto insultado.

Nuestra feminista entonces, en su movimiento stripteasero y punketo (ya pueden imaginarse la combinación, el resultado), se acercaba a mí como provocándome (borracha estaba), y yo, como en una peli de Woody Allen, sudaba a mares. Lo único que sí tenía claro era que, si le daba por orinarme, en un acto salvaje y revolucionario en contra del heteropatriarcado, consideraría la posibilidad de moverme a otra silla, pero solo a la del frente, solo en ese caso.

En todo ese jaleo, me di cuenta afortunadamente de que me faltaban tres estaciones para llegar a mi estación de destino. Así que bien me dije, *qué bien me asentaría una buena caminada*, porque el ejercicio siempre es salud, dicen, y además porque estoy muy gordo. Pero ella notó el miedo en mi gacha mirada, mejor dicho, creo que lo olió como se huelga en estos casos, y al escapar del vagón, fue cuando me lanzó ese cariñito en cuestión: *Fuck you!* Ese fue su feo escupitajo, lo repito, porque ella así lo repitió, tanto desde sus grandes pechos, como desde sus borrachos labios.



## 6

Me gano una beca para traducir un libro, una estancia de tres meses en el pueblo de Tarazona-España que, en un principio, imaginaba como una animadísima ciudad. Hice creer que soy capaz de traducir una novela, solo con mis conocimientos del verbo *To be*, pero soy antioqueño y echado pa'delante. Además, es la oportunidad perfecta para hacerme (por fin) a la carrera de escritor. Se dice que la traducción es un excelente ejercicio para ello. Solo hay que observar a Héctor Abad Faciolince quien, de tanto traducir a autores italianos, terminó por escribir un *Tratado de culinaria para mujeres de la vida triste...* Yo, por mi parte, sí que me siento feliz, estoy haciendo historia: porque si mis compatriotas han sido distinguidos internacionalmente como avispadas mulas, diligentes limpiadores de baños o calientes trabajadoras sensuales, al parecer yo haré historia con la traducción, y eso que me llamo Will-man. A por ello entonces.

Tuve una rápida y eficiente bienvenida por parte de la euro-burócrata encargada de la Casa del Traductor. Tiene el tipo de funcionaria gris, de esas trabajadoras de la seguridad social que atienden a la gente en sus problemas más humanos, a la vez que miran su reloj con impaciencia. Luego de la presentación que me hizo ante todos, exclamaron:

–Un colombiano, ¡pero, qué exótico!

Después de la presentación me invitaron a una comida para despedir a una poetisa húngara o búlgara, no sé. Creo que es lo mismo. Fue horrible. Todo el proceso de socialización que detesto pero que reconozco tengo que hacer. Ésta es más o menos la jungla humana que recuerdo entre veinte asistentes: la poetisa húngara o búlgara, que habla hasta por los codos (ya se va, la envidia). Un director de teatro checo que no sabe dónde está parado (pronuncia

Kolumbia). Y, horror de horrores, dos ingleses: una anciana bien aburridora y, el otro, un tipo que se cree galán de televisión; con un acento español que cualquier habitante de este país envidiaría. Tiene un churrito en la cabeza.

Durante la comida estuve cansado, con sueño, gracias a todas las cervezas que me había tomado la noche anterior. Creo que a eso le llaman guayabo. Además, fue culpa de ellos por sus temas de conversación: las diferencias entre la monarquía española y la británica. Lo bien que se toman la vida los españoles. Las actividades de un tonto don Juan amigo de la directora. Para romper el tedio, y para sacarme de mi profundo silencio, empezaron a practicar conmigo las preguntas del curso *Español I para extranjeros*:

- ¿De qué parte de Colombia eres?

- ¿Cuántos habitantes tiene Medellín?

-Si en la USA le dicen a la cocaína *snow*, ¿cómo la llamáis vosotros?

Después, la inglesa pregunta después a la directora:

-¿Hay un servicio disponible?

Es decir, “¿hay baño en esta casa?” Y al inglés lo único que se le ocurre comentar es:

-Me encanta la forma tan inglesa de hacer esa pregunta...

Al final de esa cómica velada, me insisten insistentemente que les enseñe a bailar salsa, ya que *los colombianos somos un pueblo muy feliz*, me dicen. Les digo que no sé bailar salsa. No me creen. Les digo que en serio, y tampoco. Afirmando que el único tópico del trópico que sí se cumple es el del “latin lover”. Los colombianos somos unos excelentes amantes, les insisto sobre todo a las traductoras femeninas. Y que mientras más bajitos, mejores amantes. Eso en referencia a

mis 1,59 de estatura. Lo digo con una discreta mirada hacia la única medio buena del grupo, una italiana. Ella no me sostiene la mirada. Creo que me cree loco, un chiflado.

Después de una semana, no traduzco mucho, mejor dicho, no traduzco nada. De una página del libro, ya tengo 30 problemas que tengo que investigar. Lo único que hago es chatear y escribir mi gran novela. A mis compañeros tampoco los he visto hacer mucho, solo van de aquí para allá. Sobre todo, hoy que es sábado. Así que con seguridad deben ser muy guardadores de sus días de descanso. Yo, como tampoco tengo conciencia de mártir, me voy a conocer un poco el pueblo de la media docena de bares, como me dijo un traductor amargado que odia a este pueblo. Porque dicen que este moridero solo se pone medio animado en fin de semana. Qué decepción: lo recorrí en 10 minutos, como se recorren todos los pequeños pueblos, que bien hacen en llamarse morideros.

Así que mejor regreso a la Casa. Mis colegas traductores están viendo *El cartero llama dos veces*. Cuando llegué estaban en la parte más harta, cuando incriminan a los dos amantes por la muerte del esposo. Me perdí los momentos más excitantes cuando Jessica Lange muestra todas sus piernas, *haciendo el amor con otro*. Poco antes de terminar la película, cuando Jessica Lange se mata porque se cae del carro, el comentario moral protestante de la inglesa es:

-Well, crime doesn't pay...

Finalizada la película, el checo me pregunta qué idiomas traduzco (se espera que uno responda *del ruso, del chino, del swahili y del kurdo*). Le dije tímidamente que del inglés al español, e inmediatamente hice la corrección, al castellano. Risas. El inglés con su churrito también tercia con su humor y dice, *del escocés al castellano*. Risas. No entienden cómo intento traducir a un tipo que habla en la jerga de Glasgow, que ni siquiera los mismos ingleses comprenden. Yo tampoco lo entiendo.

La inglesa no mejora con sus temas de conversación. El inglés, a pesar de lo aburrido de los temas, pone cara de concentración y de interés. Además, todo le parece graciosísimo porque siempre está a punto de reírse mostrando sus dientes de rata. Les sorprendió además lo que a mí me parece lo más normal del mundo: tomar café instantáneo.

-Increíble, ¿cómo puede un chico venido de un país cafetero tomar café instantáneo?

¿Cómo más lo debería tomar entonces?, iba a preguntar, pero la inglesa no me dejó, ya que inmediatamente dio una explicación histórica del comercio cafetero entre Portugal, España y sus colonias. En cuanto a colonias, el inglés complementó diciendo que el café que vendían en Virgin Trains era de Costa Rica. Gran dato. Para ese momento, yo ya estaba mareado al asentir rápidamente todo lo que decían, y al tratar de demostrar la mayor atención posible. Lo único que quería era terminar a solas mi "café instantáneo", con sus dos panes y un atún. La delicia gastronómica no pasó desapercibida para la inglesa porque preguntó:

-¿Tenéis como plato eso en Colombia?

Le contesté que no, que ese era mi plato porque no sabía cocinar. Todo lo contrario del checo que tiene alma de cocinero más que de traductor. Organiza aquí y allá. Limpia un plato, una taza, pone cucharas en el lavaplatos. Ya está comisionado por la inglesa para que cocine un pollo para todos. Junto con el inglés, discutieron durante media hora la mejor manera de hacerlo; y el checo, que se supone es el experto, no desataba. Cuando le preguntaban que si era mejor asarlo entero o desmembrado, ponía una mano en la boca como si le hubieran hecho una pregunta filosófica. Al final, yo ya me quería escapar de ese trío de chiflados, y dije:

-Bueno...

Entonces empezó la repartición de funciones. El inglés quedó comisionado de pelar las papas, la inglesa de descuartizar al pollo y yo... como no había una función específica dije que yo podía ser asistente con la esperanza que no me tocara hacer mucho, y que el checo me dijera: "no, no, así está bien". Así me responde cada vez que le ofrezco ayuda.

Una revelación: estaba sentado en mi escritorio luchando con la siguiente frase: "just managing to stop his prick getting caught in the fly else he would have pished down the inside leg christ man the shaking he was doing..." , cuando se voltea el inglés, y con el mejor acento "castellano" me dice:

-No, la traducción no es para mí. Acabo de recibir una comunicación en la que se me dice que una de mis traducciones es incomprendible. Una traducción que he hecho dos veces en un año y con tanto amor. Una traducción por lo demás muy bonita. No, si eso está mal, entonces esto no es para mí. Me voy a retirar.

-¿Cómo?

-Sí, estoy hasta las narices con la traducción. Si se pudiera vivir al menos con esto lo haría. Pero la traducción no reporta sino miserias. Y no tengo nada. Tengo que vivir en casa de mi hermana en Londres.

Le pregunto que qué piensa hacer y termina:

-No sé, y eso me da miedo. Voy a tomar una decisión radical con mi vida. Pero bueno, vamos, no te pienso desanimar.

Sale y se va.

Otra revelación. Resulta que el checo es realmente búlgaro de la misma manera que yo no soy boliviano sino

colombiano. Esa importante revelación la conseguí mientras comíamos el pollo en cuya cocción, afortunadamente, tampoco me dejaron participar. La inglesa nada que mejora en sus temas de conversación, y eso ya empieza a preocuparme. Lo peor de todo es que el tema que coge, le da vueltas y vueltas sin llegar a ningún punto. Hizo una pregunta que parecía de reinado de belleza:

-¿Habéis leído un libro que haya cambiado significativamente vuestras vidas?

El búlgaro me miró, yo lo miré y empecé a balbucear:

-Sí,. *El Extranjero* de Albert Camus

Ni modo de decirle que había sido *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*.

-Pero ¿ha cambiado tu vida de una forma radical y definitiva?

Para salir del paso empiezo con un discursito que ya había aprendido en La Empresa sobre el palimpsesto, y lo que dijo Borges y no sé qué. Que somos seres que estamos formados de múltiples voces (el búlgaro se rio sarcásticamente cuando dije *voces*), de múltiples textos que pueden ser auditivos, visuales,...me sentía como un loro repitiendo el mismo discurso ante mis estudiantes cuando los quería descrestar. Miré al húngaro para no tener que hablar más y él empieza también a balbucear, a tratar de desatar, pero no es capaz de decir nada. Los dos, muy corteses, le devolvemos la pregunta a la inglesa y nos tocó una explicación como de media hora sobre no sé qué libro, que fue definitivamente la estocada final de la conversación.

Por otra parte, la inglesa está muy preocupada porque no ha trabajado en dos días. Me preguntó:

-¿Has avanzado mucho?

-Como tres páginas...

Le dije eso para no hacerla sentir muy mal, pero después le dije:

-No, como seis. Tres en una sesión y tres en la otra

No quería parecer demasiado inepto. La verdad es que no sabía a ciencia cierta cuántas había traducido, pero lo que sí sé es que por la dificultad me parecieron sesenta. Ella todavía más preocupada dijo:

-Sí, a veces crees que vas a avanzar más, pero no puedes.

-...

Volví a la pantalla del televisor.

Anoche, sobreviví a otra comida con todos los traductores. Cuando llegué, una catana catalana barcelonesa que había recién llegado, me dio dos besos en sendas mejillas y me dijo: -¿Ah, tú eres el colombiano que parece mudo? De resto, compras en la mañana con todos los viejos del pueblo, desayuno, escribir correos, traducción, almuerzo, lectura del periódico, comida y a la cama (solo).

La inglesa ya se fue, y dejó un vacío como cuando un televisor se daña. El paisaje humano ha cambiado drásticamente: vienen traductores, se van traductores. El único que sigue firme soy yo. Cuando ya me acostumbro a un loco de estos, es el punto en el que se va, entonces me toca volver a empezar otra vez todo el proceso de socialización con los nuevos que vienen. Ya tengo todo el discurso preparado:

-Traduzco a Kelman, el escritor es de Glasgow, su libro ganó el Booker Prize y tiene mucho *slang*. La pregunta que me han hecho todos es cómo traduzco ese

*slang*, que si hay una equivalencia en Colombia, yo sigo con el interminable discurso. Debería redactarlo, fotocopiarlo y entregarlo.

En estos días es cuando más he trabajado, porque ya se acerca el final. Pero estoy preocupado porque voy en la pagina diez y todavía me faltan 323. Toda esta preocupación por una traducción que nadie va a leer. Una traducción con la cual cualquier institución pueda demostrar que apoya los proyectos de traducción para así ganarse algún día cualquier burocrática certificación.

Finalmente, esta mañana hubo una redada por parte de la directora. Leyó lo poco que traduje y me echó de La Casa del Traductor. No entiende cómo no logré terminar la traducción, si tenía todas las condiciones para hacerlo. Traté de señalar la calidad de las páginas traducidas. No le parecieron suficientes. Señalé que lo importante no es la cantidad sino la calidad. Que la traducción es una creación (casi artística), que requiere de tiempo y de mucha paciencia. Con ninguna paciencia, ella no aceptó mis argumentos. Me comunicaron horas después que quedaba expulsado, debo devolver todo el dinero junto con los tiquetes, la manutención, el seguro médico y un préstamo que hice. Las cenas a las que me invitaron me las perdonan. La deuda será dividida en cómodas cuotas, y puedo consignarlas en el banco BBVA. Y sí, incluso lo puedo hacer desde Medellín, si es que tengo trabajo. Eso sí, con tal de que pague...

## 7

*Gooooood moorning ladies and gentlemen su atención per favore I am speaking on behalf of the captain who wishes all of you uno crucero muy placentero en nuestro buque The Felicity. We are departing now from Barcelona y esperamos que su estadía en la ciudad de Gaudí y del Barca haya sido de todo vuestro agrado. We would like to remind you that we are*



*serving right now a snack by the pool in the Corleone Hall. A las 21 horas tendremos nuestra cena de gala con el capitán y les recordamos que es obligatorio el uso de smokin...enjoy the Felicity! Welcome aboard...!*

Después de este alentador saludo, suena el ya desaparecido Pavarotti, mientras nos alejamos de las atestadas playas de la ciudad de Gaudí donde ya no se alcanzan a ver mujeres en topless. Pavarotti canta entusiasta:

¡Voooooolaaaaareeeee, oh, oh! Caaantareeeee, oh, oh, oh, oh! Nel blu, dipinto di blu

*Felice di stare lassù...*

Todo realmente conmovedor. La brisa, la playa, el mar, y esta música. Como de película, como de Titanic. Los pasajeros suspiramos. Suspirar nos da hambre, y además hay que sacarle el jugo a la plata que ya pagamos. Así que, a atiborrarnos de comida como hacen los gordos gringos que en este barco son legión. Y nada mejor que el nombre de este restaurante para comer como cerdos, para volvernos unos cerdos en el Corleone Snack Bar antes de la cena de gala con el capitán del barco.

El Felicity es la felicidad en pasta que surca los mares del mediterráneo por ese mediterráneo cantado por Joan Manuel Serrat y que suena en los parlantes de los cuales es imposible escapar:

*...soy cantor, soy embustero, me gusta el juego y el vino, tengo alma de marinero, qué le voy a hacer si yooo nací en el Mediterráneooooo...*

Se podría vivir por siempre aquí en este barco, en El Felicity, y esperar *dolcemente* la inesperada *morte*. Restaurantes, piscinas, bares, teatro, biblioteca (¡biblioteca!), tiendas, capilla (¡capilla!), todo está, nada

falta. Y si falta lo puedes comunicar debidamente a través del buzón de sugerencias, o llenar una encuesta vía correo electrónico donde aprovecharán para invitarte a un próximo tour en busca de la felicidad, que es siempre esquivia.

¿Rutinas para escapar de la rutina laboral? Mañana de spa, tarde de sol, cena de gala, rumba hasta las tres de la mañana. ¿Se puede pedir algo más? Claro que sí, *sus deseos son órdenes para nosotros* como nos dijo el mexicano que nos recibió en la recepción. Y el espectáculo nunca para. Incluso mientras uno come. Representación por parte de los meseros de una pelea entre mafiosos italianos. Bailes exóticos de las asiáticas, invitación a los comensales para que hagan el trencito, visita del capitán, brindis con él. Nos esperan más sorpresas.

Al frente, en la cena, está Lia, es de los Estados Unidos. Pesa, calculo, trescientos kilos. Es una mesa compartida con una pareja de argentinos. Lia come y a la vez habla. Como come y habla a la vez, pedazos de comida están a punto de caer a mi plato, así que lo corro discretamente. Lia, a la vez que observa la pelea entre los mafiosos italianos, nos dice que vive en Londres y que trabaja para el ejercito de los Estados Unidos haciendo mapas.

-¿Mapas para qué?, le pregunto.

-Don't ask, I can't tell you, me dice secamente.

Me quedo sin tema. Paso entonces al argentino.

-¿Y de qué parte de Argentina sos?, le pregunto creyéndome argentino, porque ya se sabe que soy paisa y soy pedante y echado pa'delante.

-De Buenos Aires.

-Ahhhh, linda ciudad, digo por lamber.

Y además, ya se sabe que el elogio, para el ególatra, eso es pura gasolina.

-¿Has ido, che?

-No, pero la he visto en fotos. Además, en Medellín, mi ciudad, hay un barrio que se llama Buenos Aires. Lindo barrio, che. Casi no hay motos y es muy ordenado. Se respira un aire de paz y de serenidad allá.

-¿No estarás diciendo boludeces?

-No, para nada.

-Porque ché, *shhoo* sí he ido a Medellín. Linda ciudad, Medellín. Nunca salí del Lleras. ¡Y qué mujeres, qué mujeres! me dice en voz baja.

-Sí, qué mujeres...

-No hubiera imaginado que eras de Medellín, ché.

-¿No? ¿De dónde?

-No sé, de Bolivia tal vez...ya sabés, tu pelo, tus ojos...

Como Lia no sabe español, se dedica aún más a comer. No lo hace nada mal. No sé si un pedazo de su bolo alimenticio ha caído en mi plato. Yo mejor bebo cerveza para no pensar en ello. El show ha terminado, pero nos dicen que habrá otro, en el teatro Louis Armstrong una vez terminada la cena. *The show must go on*. Algunos decidimos ir mejor al bar Beethoven. Allí, unas ancianas bailan "Para bailar la bamba", y nos toca en la parte donde un tipo dice que no es marinero sino capitán, capitán, capitán, es decir, toda una obsesión con el mundo del mar. Continúa:

*...para bailar la bamba se necesita una poca de gracia una poca de gracia pa' mi, pa ti ay y arriba y arriba...*

El show no para. Hoy, desde este mar contaminado por este barco, mañana desde cualquier lugar del mundo.

## 8

Después del viaje que “me regalé” para intentar despejarme e inspirarme, regresé a Barcelona para finalizar mis estudios. Bueno, aparte de facebookear y de llenar con largas citas la tesis del doctorado, mi hobby también era asistir a las defensas de tesis. Para prepararme, cómo no; pero también porque en el fondo me encantaba todo ese teatrillo grandilocuente. Una de esas tantas defensas fue en la Universidad de Barcelona. Era un salón pequeño, entré, y ahí estaba la pobre víctima esperando a los jurados, y, con suerte, a su director de tesis. La relación no estaba buena entre ellos. De hecho, sospechaba el doctorando que su director de tesis no iba a aparecer. El muy miserable. Lo que más le dolía era perder los 20 euros del almuerzo. Invitación a los que están obligados, por cortesía, los nuevos doctores.

Y, entre los asistentes, solo yo terminé acompañando a este pobre nazareno académico, proveniente de una de las islas de España, no sé cuál. En todo caso, era un marginal provinciano, porque ya se sabe que el centro no cree en lágrimas.

-Esto es un mero trámite, me dijo mientras esperábamos. Si ya el director dio el informe, es imposible que los jurados no acepten la tesis. No se van a ir en contra de un colega, remató.

*Pura Realpolitik*, pensé.

El hombre empezó con su defensa de la tesis hablando de sus virtudes, méritos, grandezas y maravillas. Con una arrogancia y una pedantería que solo el despiste proporciona. Porque era obvio que a este pobre muchacho le había faltado (también) asesoría, y que, por ende, para

hablar en términos claros, es decir, españoletes, su tesis era una mierda.

Su investigación era, a grandes rasgos, sobre una escritora catalana que en algún día fue luz y faro de las feministas españolas, pero que ya había caído un poco en desgracia por sus declaraciones posteriores, al renegar de su vida juvenil, toda ella alocada y alicorada.

Llegó el turno de las intervenciones de nuestras eminentes juradas, todas ellas mujeres y feministas. La paliza que le dieron fue monumental, nunca había visto tal humillación infligida de un español hacia otro. Estaban encarnizadas, y yo QUISE pensar: “ay, hermano, para qué se metió en esta camisa de once varas. Las feministas no quieren debate, ni cuestionamiento, sino ¡Realpolitik!, incluso las más exageradas y castradoras invocan el asustador *¡machete al machote!*”. Repito, solo lo QUISE pensar, pero no lo hice. Es muy políticamente incorrecto, y eso no se hace.

Ellas decían:

-Ves el lesbianismo como si fuera una falta, un castigo moral, una ausencia a llenar.

Razón tenían.

-No, no. Mi hermana incluso es bisexual. Él (mal) se defendía. Y continuaba:

-Además, la prueba es que escribo en femenino.

Y así se hundía más.

-Sí, escribes en femenino, pero hablas en masculino.

-No, no. Hablo en femenino porque escribo en femenino.

Pero, *¿qué es esto?*, pensé. *¿Dónde estoy? Mi nave se ha extraviado.* En algún momento quise intervenir, ya que era el único y triste asistente de esa vapuleada, para hacer una moción de procedimiento, proponiendo cualquier otra inútil discusión bizantina. Menos mal no lo hice. Pero la sensación que sí me quedó es que España necesita problemas de verdad. Finalmente le concedieron el título que era lo que él quería. Afortunadamente, después de toda masacrada, viene el almuerzo. Lo único que perdió fue su honor y veinte euros. Yo salí, ya que no tenía nada que hacer ahí. Pero, al pasar por el lado de una de las feministas, me dijo en voz baja:

-Nunca, nunca defiendas una tesis así.

No le hice caso. Lo iba a hacer peor.

## 9

Como el director de tesis que me fue asignado laboraba en Barcelona –cuando laboraba– aproveché, por supuesto, para saludarlo y pedirle una última y única asesoría en la cual le ofrecía mis geniales líneas, que él no estuvo dispuesto a leer. Ese día lo esperaba afuera de su oficina, o afuera de su “despacho”, como se dice en el Reino Desunido de los Hispanic Studies. Se acercó cojeando, estaba tembloroso, nervioso, como sudando la gota fría. Y creo que estaba frío, con un frío próximo a la muerte. Se veía pálido, *verde* como dicen las señoras, temblaba tanto que hube de abrirle yo mismo su “despacho”. Al entrar se despachó y se desplomó en su silla de puro cuero, y sacó una pequeña cajita donde guardaba sus tranquilizantes. La fiel y perfecta imagen del viejo cura en *El exorcista*. Mientras su vaso de agua temblaba, yo detallaba su “despacho”: una perfecta biblioteca con libros nuevos y recientes, no como los de la Piloto de Medellín. Una pequeña neverita donde, quién sabe, guardaría el whisky. Todo era placidez y tranquilidad

allí, gracias a la gloria del aire acondicionado. Un ventanal enorme remataba esa perfecta “isilusión”. A lo lejos, se encuadraba perfectamente el hermoso mar de Barcelona... como para llorar...

Le pregunté que si se sentía mejor y me dijo que más o menos. Que lo que realmente lo tenía enfermo era tantos viajes por Europa y Estados Unidos, hospedado en hoteles de ya solo cuatro estrellas debido a la crisis. También la decoración y los colores de su nueva casa de descanso en la Costa Brava lo tenían al borde del colapso. Que ya no se puede dedicar a escribir por completo porque, debido a la crisis, ha de dictar dos cursos en lugar de uno:

–Pero ¿no es para eso que le pagan a un profesor?, pregunté ingenuamente.

Él, al parecer como ido, como bajo el opio en las nubes, afortunadamente no me entendió la pregunta dado mi acento, que él seguía confundiendo con el boliviano.

Así que se me ocurrió una idea, espero que esa vez, buena. Si los europeos y los gringos, tan ricos ellos y tan cultos (bueno, los gringos no tan cultos) y tan solidarios (ninguno de los dos) han hecho tanto por los famélicos en África y por los niños pobres con mocos de Bolivia, con campañas donde se recauda plata, ahora creo que nos toca ayudar a nosotros. Es lo justo, pensé. De tal manera que se me ocurrió hacerle ver que sus condiciones eran magnificas en comparación con las de nosotros los tercermundanos. Así que le prendí el computador, porque no lo veía con fuerzas ni para eso. Me metí a mi Face y le mostré la foto de mi oficina y le señalé el piso en contraste con la alfombra de su “despacho”.



–Mire, ¡esto si es como para uno ponerse a llorar!, le espeté sin respeto.

Al instante, sentí que su rostro cambió, que se le veía la mejoría.

–¿Y usted trabaja en esa pocilga?, me preguntó asombrado.

–Sí, en ese “tugurio”, pero jalémosle al respetico, por favor, doctor.

Entonces lo invité a leer un post de mi Face donde hablaba de mi oficina, lo invité además a que fuéramos amigos en dicha red social. Me dijo que no tenía Face, que él era un académico serio y que no tenía tiempo para esas frivolidades. Así que yo mismo le leí el post, y vi que quedó maravillado al darse cuenta de que sus problemas al lado de un “pobresor” colombiano no eran nada. También le hablé de los encapuchados y de sus papas bomba en mi universidad. Rematé informándole sobre nuestros sueldos como para subirle aun más el ánimo. Con la ayuda de Google Maps le mostré los alrededores de mi universidad: por allá el Cementerio de San Pedro, por aquí la Clínica Leon XIII. Una zona fea como ninguna, como para pegarse un tiro, me dijo. Finalmente, creí percibirle en su mirada, en su *face*, una profunda serenidad mientras contemplaba el azul profundo del profundo mar de Barcelona. Tal vez reflexionaba, recapacitaba. Lo suyo ya no eran problemas.



## 10

Al ser incapaz de redactar la tesis del doctorado, hube de pagarle a alguien, el negocio existe. Es rentable y funciona a las mil maravillas. Me ofrecieron, además, por una módica suma, prepararme para la defensa. Era una presentación en *power point* que, básicamente, consistía en pegar largos textos en las diapositivas para luego leerlos.

-¿Eso es todo?

-Sí, *fácil y sencillo*. Ese es el lema de nuestra empresa.

-No, pues eso sí lo hago yo. Gracias.

Me entregaron la falsa tesis y descubrí los infaltables errores de ortografía. Hube de corregirla entonces, lo que me implicó una lectura muy profunda, y yo sin tiempo. Como estaba nervioso y ansioso, se me ocurrió la maravillosa idea de completarla con muchas más citas copiadas de internet. Así que lo que me entregaron, y que comprendía unas trescientas cincuenta páginas, yo completé a mil y una. Ese número me parecía un tanto mágico además porque era una tesis sobre literatura. Uno no puede dejar estas cosas al azar, todo debe tener su (sin)sentido.

Por fin, le entregué la tesis al director de tesis. Él miró nerviosa e incrédulamente esas mil y una páginas:

-Pero, ¿qué cree usted? ¿Cuándo me voy a leer yo todo esto? ¿Quién va a fingir leer esas mil y una páginas? Yo le pedí que escribiera una tesis de 101 página. Esto es demasiado para el tribunal. Fingir haber leído lleva tanto tiempo como haber leído. Usted no siguió mis consejos, usted nunca confió en mí, usted, usted, usted...

Tanto "usted" terminó por rebosar mi copa rota. Porque recordé sus desvaríos, sus inconsistencias, sus monólogos,

sus parrafadas. Hastiado de mí, quiso salir corriendo, pero lo convencí de que la tesis era buena, se la resumí en unas doscientas palabras que son el rigor de los *abstracts*. Él accedió, dio el visto bueno, y nombró a tres de sus mejores amigos como miembros del tribunal.

## 11

El día de mi deshonor, el día de mi suplicio, el día de mi definitivo quiebre mental, ocurrió un jueves en la mañana. Fue el día de mi defensa de tesis, lo recuerdo como si fuera ayer, como solo se recuerda lo execrable, porque lo bello siempre se olvida. Estábamos en un pulcro recinto, iluminado, limpio, como corresponde a toda institución situada en el primer mundo, o, por lo menos, cerca de él. Por supuesto, no estábamos bajo el influjo de las papasbomba, ni de los desalojos como en toda universidad pública que se respete. La música de Calamardo también estaba ausente, por fortuna. Tampoco se percibía ningún olor a sancocho. Asimismo, el humo de ninguna natillada hacía llorar mis académicos ojos.

Durante la presentación, me tomé como media hora para agradecer como correspondía a mi familia por su apoyo, a mi universidad por la comisión que me permitió escribir esa tesis de mil y una páginas. Hábilmente no mencioné nada de mis viajes. También agradecí a mi director de tesis. Tampoco mencioné sus viajes ni su cuadro de ansiedad general. Finalmente, agradecí al tribunal compuesto por esos tres ilustres doctores, todos ellos del primer mundo, tan tiesos y tan majos. A los treinta y cinco minutos de agradecimientos, el presidente del tribunal me informó que era mejor que me apurara porque contaba solo con 10 minutos de mi apreciado tiempo para defender esa tesis condenada ya al fracaso. Eso creí entender entre líneas. Lo mejor era, pues, que me apurara para al menos cumplir con el rígido protocolo. Ya mi suerte estaba echada, eso lo

supe después, eso casi siempre se sabe después, y no antes, como debería corresponder. Me apuré entonces, leyendo como alma que llevaba el diablo, páginas y páginas. Lo que había preparado, que básicamente fue la impresión de la introducción de la tesis, tomaría 40 minutos. Eso hube de hacerlo en 10 minutos. Imaginen ustedes mi velocidad. Imaginen ustedes el exabrupto. Qué bruto. Y eso que me salté líneas y párrafos enteros, citas y más citas, que, en el fondo, nada que ver. Estaba nervioso, claro que sí. Sabía que no estaba preparado dados mis viajes, junto con la poca lectura académica además de la nula escritura. Pero ¿no dizque hay que leer el ambiente, sus gentes y sus comportamientos? Porque fueron años de ardua tarea en los que intenté saber de qué iba el primer mundo, sus modos y sus modas, y todo a la vez no se puede hacer. Porque para leer aburridos textos, eso bien lo podía haber hecho en mi país. Solo habría necesitado una buena conexión a internet y *ya está*, como dicen aquí para desdramatizar sus dramáticas situaciones. Eso sí, siempre con la ayuda también de sus ansiolíticos, a los que son tan afectos.

El tribunal estaba que se hablaba, claro que sí, lo notaba entre la bruma de mi nerviosismo. Porque todos estaban confabulados y todos me iban a desenmascarar. La paliza que siguió fue tremenda. En gallada todos me acusaron de lo que realmente era, un inepto. Un malhechor en todo el sentido de la palabra dados mis vulgares plagios, *el copia y pega* que llaman. Un granuja por escribir descaradamente párrafos completos sin saber de qué iba la cosa.

Vino la parte de mi necesaria defensa y atacué:

–Pero, en últimas, ¿qué es la originalidad?, pregunté retóricamente,

Estuve a punto de pararme como esos abogados de la defensa que caminan de aquí para allá en la sala de los acusados, con una mano en uno de los bolsillos de su traje, pero no lo hice para evitar aun más el ridículo. Y como

la mejor defensa es echar una buena carreta, dije que todos estábamos hechos de *voces multicolores*, de *tejidos textuales*, de una *intertextualidad evidente e inescapable*. Mis argumentos, al parecer, no fueron para nada convincentes. Porque luego ellos se entregaron a señalar en mi *power point* tan solo veinte muestras de mi vergonzoso plagio. Dije yo, entonces, como último recurso, desesperado en esa inútil defensa que, si los alemanes cometían plagio a diario, por qué yo no iba a intentar lo mismo. Creo que esto exasperó mucho más a ese tribunal compuesto por esos sabios ancianos, dos de ellos de Alemania (no lo recordaba). Ese tribunal que solo esperaba la hora para terminar ese pesado momento, ese engorroso trámite para luego dirigirse a un restaurante que había abierto sus puertas recientemente en el barrio gótico, que no es gótico. Por último, me dijeron que quedaba suspendido de la universidad de por vida, de cualquier universidad seria, es decir, europea y del primer mundo, y que ello incluía a España a última hora. Que debía devolver todos los dineros ofrecidos en ayudas y viáticos. Y que, aparte de devolver todos esos dineros, lo más importante era que me devolviera cuanto antes para Colombia. Yo, al hacer las cuentas ahí por encima, sentí que el ancho mundo veníaseme encima. Grité entonces histéricamente que nada era mi responsabilidad, no reconociendo que así se comporta todo neurótico que se respete. “Si mi director de tesis hubiera sido más autoritario, si me hubiera exigido más...”, continuaba gritando sumido en la más recalcitrante mala fe sartreana. Luego pasé largamente al tema de todos sus viajes.

-Todo ello lo apartaron de mí y de mi tesis, susurré cursivamente al borde las lágrimas.

Así que, fuera ya de mí y viendo que esas lágrimas no lograban ablandar a esas maduras almas, me levanté lentamente y cogí un ejemplar de la tesis de las mil y una páginas, encuadernada ella en pasta muy dura. Con fuerza se la asesté a mi director de tesis en su brillante calva. Al

asestarle semejante golpe, se cayó al piso, pero solo por el susto. Eso sí, todo el mundo pegó un histérico grito.

Lo que siguió no lo recuerdo, pero los otros locos de este hospital me han relatado que el psiquiatra les contó -a modo de chisme- que yo echaba espuma blanca por la boca, diciendo como buen colombiano que *ellos no sabían quién era yo*. Cómo iban a saberlo si toda la vida he sido un don nadie. También me han relatado que le daba pata a las mesas, que rumbaba sillas lejos y que me arrancaba el poco pelo que me había quedado después de idear el plagio de la tesis.

En todo caso, y creyendo a mi director de tesis muerto, salí corriendo, aunque igual quedé grabado en todo el eficiente y omnipresente sistema de cámaras de vigilancia. Al cruzar la ancha puerta, ya los agentes de policía estaban advertidos de mí. Tal vez sospechaban todos que, al verme agarrado, yo agarraría a correr. Mucho debía a esa universidad, mucha plata quiero decir. Logré, sin embargo, traspasar la puerta principal, aunque ya había una exagerada cantidad de patrullas pistiándome. Es un país avanzado, ya se sabe. Igual corrí y corrí como nunca había corrido en mi vida. Ahí me di cuenta realmente de lo gordo que estaba. Mis 101 kilos nunca habían sido tan evidentes. Por fin entendí las cariñosas chanzas de mis amigos en torno a mi gordura que, por su carácter -por el carácter de sus chanzas- parecían provenientes más bien de mis enemigos. Tenía por fin sentido eso de que a los enemigos hay que tenerlos preferiblemente cerca. Sobre todo para escucharlos y hacerles caso.

Correr, evidentemente, no sirvió de nada. Dos modelos que parecían policías, léase, dos policías que parecían se bajaron de una patrulla y me dieron alcance con dos de sus zancadas. Era entendible. Los modelos y los policías españoles se matan a punta de ejercicio. Uno de ellos, al detenerme con una de sus manotas fabricadas en el

gimnasio, se despeinó, aunque rápidamente se acomodó de nuevo su engominado pelo. Era un *mosso d'esquadra*, una belleza con uniforme apretado que solo la culta Europa puede brindar. Él, barbado como buen hipster, con su ancho brazo me agarró por el cuello y me desmayé como una loca. Estaba loco. Y, en el forcejeo dicen que seguía insistiendo al modo colombiano:

- ¡Ustedes no saben quién soy yo, ustedes no saben quién soy yo, ustedes...!

Pero, ya hoy aquí, en este hospital psiquiátrico de Catalunya, garabateando espero. Dicen que me aguarda un doble proceso disciplinario: por parte de mi alma mater que a mal tuvo la intención de intentar que se me educara. Y aquí, por parte de la universidad que me acogió para educarme sin éxito. Me han dicho que, con seguridad, seré expulsado de por vida de ambas. Que el desempleo me espera, así como una enorme deuda por pagar. Me han dicho igualmente que podría enfrentar cargos por intento de asesinato agravado. Grave la cuestión porque mi director de tesis es súbdito de la corona española y yo, un simple sudaca. Aunque tal vez, con tal de salir de mí, todos opten por la deportación.

En medio de todo esto, sin embargo, me alegra por mi director de tesis. Me han dicho que está bien. Que solo un poco más nervioso de lo habitual.

Mientras tanto, mientras se define mi situación legal y psíquica, maquino un nuevo plan: estudiar en el encierro, ahora sí, como hacen los presos y los investigadores serios. Hasta puede que pueda rebajar mis posibles 30 años de condena, los mismos, qué coincidencia, de mi casi tocayo, Wilson Manyoma. Una nueva tesis que pueda ser defendida por videoconferencia como hace cualquier paramilitar desde cualquier cárcel en los Estados Unidos. La ventaja es que no habrá posibilidad de tiestazos con tesis en ninguna

calva cabeza. A lo mejor después hago un postdoctorado. Lo mío es avanzar así esté inmovilizado.

Llego, pues, al final de este informe vital dirigido a mi psiquiatra y al latoso de Wilson Arturo. Solo me resta darle un toque final a estas líneas que, a mí, me parecen magnificas, y que dan casi para una magnífica novela...

THE END





Este libro se terminó de imprimir  
en el mes de diciembre de 2023  
en los talleres de Todográficas Ltda.  
todograficas92@gmail.com  
Medellín – Colombia  
Se usó el tipo de fuente Cambria de  
11 y 14 puntos



